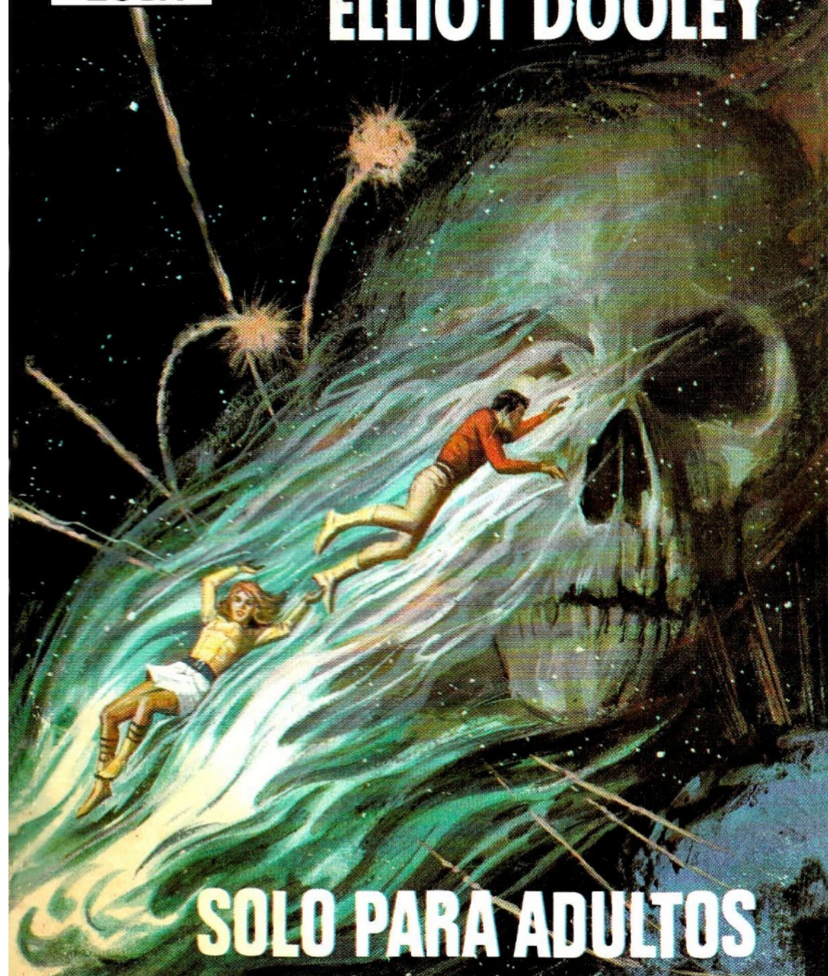
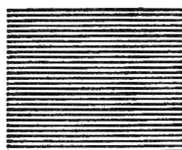
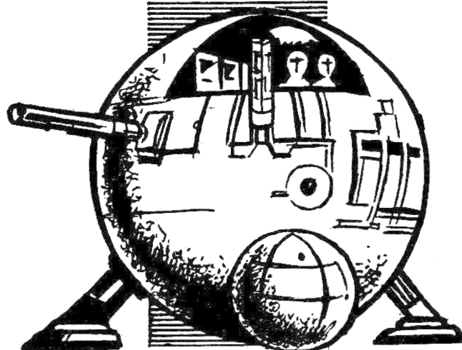

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
DESTINO: THANATOS
ELLIOT DOOLEY
SOLO PARA ADULTOS



héroes del
ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

108 — Cuando los soles se extinguen, Law Space

109 — Viaje sin final, Rocco Sarto

110 — Un segundo de la eternidad, A. Thorkent

111 — La llamada de Therko, Joseph Berna

112 — ¡Pesadilla!, Alan Parker

ELLIOT DOOLEY

Destino: Thanatos

Colección
HEROES DEL ESPACIO nº 113
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 15.522 ,1982

Impreso en España - Pnmed in Spain

1ª edición: junio. 1982
2ª edición en América: diciembre. 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramurnt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Leo Madwin estiró los brazos, desperezándose. Abrió la boca y emitió unos cuantos gruñidos junto con varios resoplidos que hicieron temblar sus largos bigotes rubios de puntas caídas. Se frotó los ojos como si acabara de despertar y se enderezó en su asiento, en la cabina de mandos.

Los ojuelos chispeantes del capitán del *Pandora* lanzaron una ojeada a la carta de navegación interestelar y, tras desconectar los automatismos de vuelo, pulsó los controles de estabilización.

—Veamos como anda esto... —gruñó.

El capitán del *Pandora* se pasó una mano por la espesa barba rubia y verificó la situación de su nave respecto al pequeño planeta. Y, nuevamente, se puso a gruñir.

Xicton no era un mundo que ofreciese grandes atractivos a los viajeros interplanetarios.

En realidad, Xicton carecía de incentivos para toda persona que tuviera algo de sentido común, o fuera medianamente inteligente. Tampoco había allí demasiadas oportunidades para una astronave de transporte como el *Pandora*, cuyo copropietario era su capitán Leo Madwin. Pero si había la menor oportunidad de conseguir alguna carga, por

escasa que fuera ésta, Leo no estaba en situación de desaprovecharla.

Por eso, el capitán del *Pandora* había decidido dirigir el cohete a aquel pequeño planeta tan poco acogedor.

Mientras pulsaba el zumbador, para llamar a la cabina de mandos a su segundo Silesis Jogn, el capitán piloto rezongó entre dientes:

—Por lo menos, en Xicton me queda el recurso de emborracharme con su cochino y pestilente extracto de algas, que imagino tendrá toda clase de porquerías menos algas.

Leo hizo chasquear la lengua, como si estuviera bebiendo ya aquel mejunje y prosiguió:

—Quizá tenga la suerte de encontrar en Xicton alguna fulana anclada en ese asqueroso mundo y ésta quiera salir de ese agujero y viajar a otro planeta... más civilizado.

Una mueca, vagamente parecida a una sonrisa, se dibujó en los gruesos labios del capitán piloto, que esta vez se relamió como si estuviese saboreando un bocado exquisito.

—Eso tiene un precio..., y es el de calentar mi catre. Si hay trato..., no daré por mal empleado el paso por Xicton.

Sin demasiado optimismo, el capitán Madwin se acercó en vuelo hiperbólico al planeta y, después de situar el *Pandora* en una órbita circular, solicitó el permiso de aterrizaje.

En cualquiera de los mundos importantes de la federación galáctica, la obtención del permiso para aterrizar podía llevar una hora o más de comunicaciones y de papeleo, pero en Xicton la burocracia estaba reducida —como casi todo el pequeño planeta— a la mínima expresión y, en el preciso momento en que el teniente Jogn entraba en la cabina, se escuchaba en ésta la voz del controlador de la base:

—Atención *Pandora*... Permiso de aterrizaje concedido. Diríjase a la pista número siete de nuestro astropuerto... Repito, pista número siete...

Silesis Jogn se instaló en su puesto y preguntó:

—¿Puedo saber a qué vamos a Xicton?

—Claro que puedes saberlo. Necesitamos algo de carga.

—¿Y esperas conseguirla en Xicton...? ¡Tú desvarías! —refunfuñó Jogn con evidente malhumor—. Ahí no hay nada que valga la pena ser llevado a ningún sitio. ¡Cómo no carguemos lodo!

—Puede que desvaríe como tú dices —convino Madwin con una mueca—, o que tengamos que cargar nuestros depósitos de lodo, que siempre podrá venderse como fertilizante, pero lo que sí te aseguro es que si puedo evitar regresar de vacío lo intentaré. Aunque tenga que llevarme a un coro de Karzasios o un ballet de Boodies cojos. ¿Está claro?

Silesis Jogn se encogió de hombros, despectivo.

—Está súper claro, mi capitán. ¿Y puede decirme, mi capitán, qué haremos si no encuentra ninguna carga relativamente decente?

Madwin pasó por alto el retintín con que su segundo le llamaba capitán y, respondiendo a su pregunta, gruñó:

—Si no consigo ninguna carga podremos emborracharnos o buscar alguna fulana, xictona o de donde sea, que nos permita pasar con ella un buen rato.

—No me apetece emborracharme...

—Ignoraba que te habías vuelto abstemio.

—...y en cuanto a las tías que pululan por los astropuertos, la verdad es que prefiero a mi Elsa-03.

—¡Bah! No es más que un robot.

—¿Y qué? Lo paso mejor que con muchas mujeres.

—Eres muy fácil de conformar.

—Eso es asunto mío. ¿O no?

—Sí, muchacho. Claro que es cosa tuya, pero aunque Elsa-03 parezca humana no deja de ser un robot. Y, por otra

parte, yo ni siquiera tengo una a mi disposición. De haber tenido créditos sobrantes me hubiera comprado como tú un robot hembra en Polirod. El tiempo se me habría hecho más corto, como a ti, y…

—No te quejes, Leo. La culpa de que no pudieras comprártelo es sólo tuya. ¡A quién se le ocurre jugar con cirkonios!

—No me di cuenta de lo que eran hasta que era demasiado tarde… Me porté como un estúpido. Lo reconozco.

—¡Ya puedes asegurarlo, Leo! Con esos tipos hay que utilizar siempre una barrera mental o estás perdido. Y en el juego, al poder leerte el pensamiento, no sólo saben los puntos que tienes sino que además les transmiten a sus compinches las jugadas que pueden hacer para desplumarte… como hicieron contigo.

—¡Vale! —exclamó sulfurado el capitán—. Ya te dije que reconocía haberme portado como un estúpido. ¿Qué más quieres? ¡No irás a pedirme que me ponga unas orejas de onagro para proclamarlo en toda la federación!

Jogn no contestó con palabras, pero sí con una risotada burlona que tuvo la virtud de sacar de quicio a su jefe.

—Basta de bromas, Silesis —le dijo enfurruñado—. Nos estamos acercando a Xicton.

En efecto, el *Pandora* enfilaba ya su proa hacia el pequeño planeta, que aparecía en pantalla como un mundo azulado con sólo una vasta zona de color ocre, equivalente a la cuarta parte de aquel mundo. Casi al mismo tiempo se iluminó la zona del astropuerto y quedó visible la pista número siete, hacia la que Madwin dirigió la astronave.

Utilizando ya los mandos manuales, Leo Madwin guio al *Pandora* a la pista que le fuera asignada por el controlador de vuelos en la base espacial.

Una vez se hubo posado en tierra. Madwin cortó los impulsores de energía y accionó el corrector de velocidad hasta reducirla a cero, para inmovilizarse en cuestión de

segundos.

Como ya le había sucedido últimamente varias veces, la compuerta se atascó por el calor de la presión atmosférica y le hizo soltar una sarta de maldiciones sobre el pésimo material con que había sido construido el cohete. Al fin, luego de esforzarse hasta sudar por todos los poros de su piel, Madwin consiguió abrirla.

Al salir del *Pandora*, Leo aspiró con fruición y evidente satisfacción el aire fresco, carente de toda contaminación, y alzó la voz para preguntar a su segundo:

—¿No bajas a tierra?

—¿Para qué? —respondió Jogn displicente—. ¿Es que necesitas ayuda?

—Hombre..., podíamos echar un trago juntos.

—Échalo tú por los dos. Yo prefiero quedarme a bordo para revisar algunas cosas.

—Como quieras.

El capitán Madwin se disponía a bajar a la pista por la escalerilla, pero giró el rostro y volvió a gritar a su segundo:

—Si vas a ponerte a revisar lo que anda mal no te olvides de echarle un vistazo a la compuerta. Creo que necesita un buen repaso. Habrás visto que últimamente se nos ha atrancado varias veces y no me gustaría que eso nos ocurriera durante alguna emergencia.

—De acuerdo, Leo. Le echaré una ojeada.

—Bien... Y no te entretengas demasiado con Elsa-03. A fin de cuentas, por muy humana que parezca no deja de ser un robot. Pienso que podrías pasar un buen rato viviendo a tierra y trajinándote a alguna tía de verdad.

Leo dejó escapar una risa entre dientes al oír cómo su segundo mascullaba algunas palabras ininteligibles y, sin más, bajó a tierra para encaminarse a largas zancadas a las dependencias del astropuerto de Xicton.

*   *   *

—¿Se ha marchado ya?

La pregunta acababa de formularla Elsa-03 cuando el teniente Jogn entró en su compartimiento, donde el robot hembra parecía estar esperándole. Pero aquella voz no sonaba en el tono metálico y monocorde de un robot.

Parecía una voz humana.

De una mujer.

El teniente Silesis Jogn asintió con un gesto de cabeza y dijo muy sonriente:

—Sí. El capitán se ha ido y tardará varias horas en regresar al *Pandora*.

—¿Estás seguro, querido?

—Naturalmente. Aparte de que va a tratar de conseguir alguna carga para la nave también piensa correrse una juerga.

Elsa-03 movió la cabeza como si aquella segunda acción del capitán del *Pandora* fuese algo repelente.

—¡Y vendrá borracho...!

El segundo de a bordo se encogió de hombros indicando así lo poco que le importaba aquello.

—Que venga como le dé la gana —murmuró.

Silesis se acercó a Elsa-03 y le puso ambas manos a la cintura, atrayendo al robot hembra hacia él.

—Como él no te tiene a ti, necesita de una mujer.

Elsa-03 no respondió pero, después de apartar las manos del teniente de su cintura, empezó a despojarse de la cobertura metálica que le daba aquel aspecto de cosa prefabricada. También liberó su cabeza del casco en el que aparentemente estaban situados los circuitos de control y se despojó del pectoral donde debían estar los controles y mandos cibernéticos.

Una especie de leve túnica, que le llegaba de los hombros a medio muslo, era la única vestimenta que llevaba puesta

debajo de la armazón metálica.

Elsa-03 sonrió al teniente.

Insinuante…

Terriblemente tentadora.

Igual que una mujer auténtica.

Como una hembra de verdad.

Humana…

—¿Me desnudo del todo, querido? —preguntó.

Silesis se atragantó casi al responder y su cara se puso más roja que un tomate terrestre debidamente madurado.

—Sí… Claro que sí… Ya te dije que tardaría varias horas en regresar a la nave. Tenemos tiempo de sobra para nosotros, para disfrutar…

Elsa-03 no se lo hizo repetir dos veces.

Con gesto grácil dejó caer al suelo la túnica que hasta ese momento velara las morbideces de su cuerpo sensual. Esbozó lo que podía parecer un paso de danza, sintiendo en su carne, a flor de piel, el impacto de la mirada abrasadora del teniente Jogn.

El oficial de navegación del *Pandora* tragó saliva y extendió los brazos hacia Elsa-03.

Las manos del hombre se cerraron en el vacío sin que consiguieran atraparla a ella.

Con una lasciva sonrisa en los labios, retrocediendo impúdica hacia la litera del compartimento, Elsa-03 abrió los brazos al hombre susurrando con vos súbitamente enronquecida:

—Ven, querido… Acércate, Silesis… Me consumo de deseo como tú… ¿O es que ya no te gusto?

—Claro que me gustas…

—Entonces, ¿a qué estás esperando?

Silesis se abalanzó sobre ella que se dejó atrapar por sus brazos fornidos. El teniente Jogn la estrechó con fuerza sobre

su pecho, buscándole los labios con su boca, aprisionándolos para morderlos como si fueran un fruto de sazón.

El hombre saboreó aquellos labios dulces y suaves.

Ambas bocas quedaron unidas en un beso ardiente, prolongado, intenso...

El fuego de la pasión se avivó en el cuerpo del teniente Jogn cuando notó que Elsa-03 se dejaba caer lentamente hacia atrás, sin deshacer el abrazo que les mantenía unidos, de forma que le arrastró para quedar debajo de él.

Silesis dejó escapar algo parecido a un mugido de satisfacción al sentir que ella palpitaba ardorosa y se le entregaba frenéticamente, con virulencia, igual que lo hiciera la primera vez, cuando la conoció en el planeta Polirod, en un tugurio de mala muerte, del que la había ayudado a escapar.

Toda ella se mostraba pletórica de sensualidad y de un ardor al que Silesis ya se estaba acostumbrando.

Elsa-03 era como un brasero encendido y el suyo un fuego enloquecedor.

Terriblemente contagioso.

Durante más de veinte minutos no se oyó en el interior del compartimento más rumor que el producido por el jadear de la respiración del impetuoso Silesis Jogn. Después, aquel rumor creció de tono e intensidad hasta culminar en una especie de rugido, propio de fiera encelada que alcanza el paroxismo del placer.

Instantes después sobrevino el silencio.

Silesis quedó inmóvil, exhausto...

Elsa-03 habló al cabo de pocos minutos, cuando su respiración se hizo más regular y rítmica.

—¿Sigue pensando Madwin que soy un robot?

—Está convencido de ello, querida.

—Estupendo. Así no intentará nada..., y tampoco sospechará que lleva a un polizón a bordo.

—No estés tan segura de eso —rezongó Silesis frunciendo el entrecejo—. Acuérdate que trató de comprarte..., o de alquilarte. Si no queda satisfecho en Xicton y nos vamos de vacío tal vez vuelva a la carga.

—Pero tú no me venderás a él —aseguró ella, convencida de lo que decía—. Y tampoco me alquilarás, ¿verdad?

—¡Claro que no! — protestó Silesis—. No soportaría la idea de saberte en sus brazos.

Elsa-03 sonrió complacida y volvió a ofrecerle los labios, al tiempo que su cuerpo se pegaba al del hombre, que nuevamente se sintió incitado a poseerla.

El teniente Jogn se sentía feliz, satisfecho y saciado.

Era feliz porque estaba con aquella mujer enloquecedora a la que daba el nombre de Elsa-03 únicamente para engañar al capitán del *Pandora* respecto a su verdadera identidad. Además, ella satisfacía plenamente sus deseos, llevándole hasta la saciedad.

El teniente Jogn se dijo que Madwin podía ir a buscar en el astropuerto las furcias que le viniesen en gana, y emborracharse si no encontraba ninguna de su gusto.

El no necesitaba ni lo uno ni lo otro.

Él tenía a Elsa.

—Elsa... —murmuró, como paladeando su nombre.

—¿Sí, cariño?

—¿Me quieres?

—¡Qué pregunta! Claro que te quiero. ¿Crees que de no ser así estaría aquí, a bordo de esta nave, haciendo el amor contigo?

—Tienes razón. Hago preguntas idiotas.

Silesis Jogn irradiaba felicidad y complacencia. Y pensaba que aquella situación podría prolongarse tanto como quisiera a condición, claro estaba, de que su jefe, el capitán Madwin, continuase pensando que ella, su adorada Elsa, no era más que un robot a buen precio en Polirod.

CAPÍTULO II

La cabeza parecía pesarle un par de toneladas. Leo Madwin tenía la impresión de que el cerebro se le había convertido en plomo. Sentía unos zumbidos extraños que empezaban en los oídos y se deslizaban como serpientes de fuego hasta las sienes, sobre las que repiqueteaban a un ritmo enloquecedor. Se le estaban cerrando los ojos y cuando, con grandes esfuerzos, conseguía mantenerlos abiertos durante unos segundos, veía borrosas las figuras, o dobles.

—Estoy condenadamente borracho… —tartajeó hablando consigo mismo—. Sí, más borracho que un cochino onagro metido en un depósito de algas concentradas.

De los labios de Leo brotó una risa estúpida.

—Las algas… y pensar que las primeras propiedades que se les encontraron fueron las de su capacidad alimenticia… ¡Qué barbaridad! Las algas un alimento…, pero si con ellas puede emborracharse ahora a más de la mitad de los habitantes de la federación galáctica. ¡Menudo alimento…! ¡Puah! Me cisco en ellas. No son sino un asqueroso licor que te deja hecho migas cuando acaba su efecto.

Movido por un impulso irrazonable, instintivo, Leo Madwin empujó con el antebrazo la jarra y el tazón que contenían el verdoso y aromatizado mejunje. Las dos piezas se rompieron al caer al suelo produciendo un ruido que

resonó en sus oídos y cerebro como un fuerte detonante.

El dueño del local, un xictonio bajo y corpulento, achaparrado, avanzó hacia el capitán del *Pandora* y le increpó:

—Aquí no queremos borrachos. ¡Lárgate, terrestre!

Lo de terrestre lo dijo con un tono tal que parecía un insulto. Leo le miró con cara de mala uva y se puso en pie.

—¿Me hablabas a mí, sucio gorila?

El xictonio no debía saber lo que era un gorila, pues no conocía el planeta Tierra, pero sí sabía lo que significaba sucio. Y se puso a barbotar injurias mientras abría y cerraba sus puños en actitud francamente amenazadora.

Leo Madwin se sentía inseguro sobre sus piernas. Le parecía como si las rodillas fuesen de algodón. A pesar de ello estiró el brazo con intención de golpear al xictonio, pero su puño golpeó en el vacío. El otro, en cambio, le asestó un tremendo puñetazo en pleno plexo solar, enviándole al suelo por el que se deslizó cosa de unos cuantos metros.

—Maldito xictonio…, me pillaste a traición…

El capitán Madwin trató de ponerse nuevamente en pie, pero su adversario no le dio oportunidad.

Un contundente puntapié derribó otra vez al terrestre arrancándole un gemido de dolor mientras era proyectado hacia el cercano muro, contra el cual se estrelló su cabeza.

Leo Madwin creyó que se encendía el cerebro o que de éste partía un cohete con el correspondiente chorro de gases y fuego. Gimió de modo lastimero y luego se dejó caer perdiendo definitivamente el sentido.

El xictonio llamó a dos de sus empleados y, señalando al caído, les ordenó:

—Sacad fuera de aquí a este borracho. ¡No quiero ver basura en mi establecimiento!

Leo Madwin fue sujetado por los tobillos y las axilas y sacado en vilo fuera del tugurio, siendo arrojado a un lado de

la pista exterior. La cabeza volvió a recibir un nuevo golpe y el capitán gimió de nuevo, aunque no por ello recobró el conocimiento.

Uno de los empleados se inclinó sobre el cuerpo de Madwin y empezó a registrarlo mientras su compañero lo vigilaba.

—No tiene más que setenta créditos —informó el que estaba registrando al caído.

—Bueno, menos es nada —declaró otro, conformista.

En ese instante apareció una mujer en el otro extremo de la pista y les gritó:

—¡Ladrones! ¡Dejad en paz a ese hombre o llamo a los de seguridad!

Los dos xictonios no desestimaron la amenaza y, como además ya se habían apoderado de los créditos del terrestre, salieron de estampida y entraron en el local.

La mujer se acercó al caído y se arrodilló junto a él para examinarlo de cerca.

—Es un terrestre…, y un navegante interestelar. Debe formar parte de la tripulación de la astronave que llegó esta mañana.

Una idea iluminó su rostro.

—Le llevaré a su cohete y tal vez consiga que su capitán me lleve lejos de aquí.

La mujer no lo pensó más. Reunió todas sus fuerzas para levantar a Madwin que ya empezaba a volver en sí.

—¿Qué quieres…? ¿Quién eres tú…? ¿Qué haces?

—Me llamo Shulaiz y soy xictonia. Te estaban robando y grité para que luego no te matasen. Ahora pensaba llevarte a tu nave. Eres terrestre, ¿verdad?

Leo Madwin asintió con un gruñido. Luego dejó que aquella mujer le ayudara a caminar, para lo cual se apoyó en sus hombros pesadamente.

—Buena chica. Llévame a mi astronave. Te lo agradeceré.

Shulaiz le miró un poco preocupada.

—¿No te pegará una bronca tu capitán?

—¿Mi capitán, dices…? ¿Pegarme una bronca? ¡Pero qué gracia tienes, condenada!

Las carcajadas que soltó Leo Madwin fueron estruendosas y sorprendieron a la mujer que se encogió mirándole asustada.

Al lado del terrestre Shulaiz parecía una muñeca frágil y endeble, un juguete que podía romperse con facilidad.

El corpachón del barbudo Madwin se tambaleó a impulsos de aquellas sonoras risotadas de tal forma que a ella le fue muy penoso seguir manteniéndole en pie.

—Pegarme una bronca mi capitán… —seguía repitiendo Leo, como si aquello le hiciera una gracia enorme.

El continuaba riendo desaforadamente y con más ganas que nunca al tiempo que exclamaba:

—¡Pero si soy yo el capitán del *Pandora,*!

Nuevas carcajadas sacudieron el cuerpo del terrestre, cuyo brazo, pasado por los hombros de Shulaiz, hacía descansar sobre ella todo su peso.

La mujer le miraba ahora llena de asombro.

Con el mayor interés.

«Hoy es mi noche de suerte —pensó alegremente Shulaiz —. Este tipo no sólo es un astronauta terrestre sino que es el mismísimo capitán de la nave que aterrizó esta mañana en el astropuerto. Y antes dijo que me agradecería le llevara hasta su nave. ¡Ah! Si pudiese convencerle para que me sacase de este maldito agujero… le daría lo que me pidiese, cualquier cosa…»

Con este pensamiento in mente, alimentando en su pecho aquella esperanza, la joven xictonia sacó fuerzas de flaqueza para llevar a remolque a Leo Madwin hasta el *Pandora*.

*   *   *

Un viento ligero aunque persistente soplaba sobre la explanada rocosa en la que estaba anclada e inmóvil la vetusta nave de guerra del ya anticuado modelo KLAN-ZO, 23.

Aquél era uno de los pocos cruceros de combate que había salido indemne de la última guerra galáctica, de la campaña de pacificación del sistema Circonx. A pesar de que aún estaba en estado pasable había sido subastado como chatarra. Por eso resultó barata su compra y pudo adquirirlo el veterano Jory Lars.

Afanándose silenciosos, los hombres del equipo de Lars estaban aprovisionando de combustible la nave, luego de haber revisado el buen estado del cohete auxiliar, destinado anteriormente a las misiones de reconocimiento y a acciones sorpresivas.

Jory Lars permanecía erguido, en jarras, con las piernas bien abiertas y las manos en la cintura, en una actitud que podía considerarse como desafiante. Miraba el ir y venir de sus hombres y les veía moverse presurosos, como hormigas que hicieran acopio de provisiones para el invierno.

El veterano Lars escupió en el suelo y se sacudió el polvo que se había ido acumulando en su desastrado uniforme, en el que aún llevaba adheridos los galones de capitán.

Jory miraba a la despintada nave con evidente satisfacción.

—Es vieja, pero todavía está en buen uso —murmuró para sí—. Manejarla será igual que volver a los viejos tiempos.

Una suave sonrisa acudió a sus labios, habitualmente curvados en un rictus cruel.

—Los viejos tiempos ¡qué lejos están ya!

Su mirada se hizo evocadora.

Jory Lars recordó los últimos días de la campaña, cuando

la escuadrilla del comandante Rimm desencadenó el último y decisivo bombardeo de la capital de la federación Circonx.

Antes de partir para aquella misión, Rimm les había dicho a todos los oficiales de la escuadrilla:

—No sé si volveremos a vernos. Muchos de nosotros caerán durante los combates que tendremos que sostener. Pero eso carece de importancia. En lo único que hemos de pensar es en que nuestro destino está ya definitivamente fijado: victoria o muerte.

Jory Lars repitió aquellas palabras en voz baja:

—Destino: victoria o muerte.

Y entonces recordó que su camarada Leo Madwin, remedando la voz del comandante Rimm dijo sarcástico:

—Está en un error. La misión que se nos ha confiado sólo nos reserva un destino: Thanatos.

Thanatos… La muerte.

Si, aquél fue el destino de la mayoría de los componentes de la escuadrilla del comandante Rimm, éste incluido.

Jory Lars se pasó la mano por la frente, como alejando de ella tales pensamientos y quitándose de paso parte del polvo acumulado en su cara. Volvió luego la espalda al viejo crucero de combate y miró a la lejanía, más allá de la agreste cordillera, por encima de cuyas cresterías se divisaba la pequeñísima bola de Xicton.

«Confío que no haya allí ninguna patrulla para señalar mi presencia en esta zona… o que si la hay sus hombres estén emborrachándose con el jugo de algas».

Otra vez volvió a sus labios aquella sonrisa cruel que era siempre presagio de muerte para otros.

«Si no están emborrachándose…, si me descubren…, lo sentiré por ellos. ¡Nadie estorbará mis planes ni hará que fracase! ¡Absolutamente nadie!»

Jory Lars se encogió de hombros, como dando por hecho que quien le hiciese frente moriría sin remedio.

Y, de nuevo, pensó en la consigna que les diera el viejo comandante Rimm: victoria o muerte.

El excapitán llamó a su segundo.

—¡Borstal! ¡Ven acá!

El hombre acudió de inmediato.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Jory Lars apuntó con el índice al crucero de combate.

—¿Le has puesto nombre?

—No. ¿Para qué?

—Necesita un nombre para su identificación.

—Bueno, ya pensaré en ello... ¿O es que tú ya pensaste en alguno?

—Sí. Y creo que es precisamente el más idóneo.

—¿Cuál es ese nombre?

—Thanatos.

Borstal enarcó una ceja y rezongó:

—Es demasiado lúgubre.

—No vengas ahora con supersticiones idiotas.

—A mí me tiene sin cuidado, pero a alguno de los nuestros no les hará ni pizca de gracia. Ya lo verás.

Jory se encogió de hombros despectivamente.

—¡Que se vayan al cuerno! Quiero que ese nombre se pinte inmediatamente en el fuselaje. ¿Está claro?

—Desde luego. Daré la orden ahora mismo.

El segundo en el mando saludó con desgana y, dando media vuelta, regresó junto a los hombres que se afanaban en torno al viejo crucero que, en adelante, se llamaría *Thanatos*.

Desde la altura en que se encontraba, Jory Lars vio cómo las letras iban pintándose una detrás de otra hasta que el nombre quedó completo. Soltó entonces un resoplido de satisfacción y se encaminó a su nave. Había llegado el momento de partir.

*   *   *

El teniente Jogn estaba repasando el cierre de la compuerta cuando el crujido en la grava de la pista le hizo volver la cabeza hacia la derecha.

Shulaiz avanzaba penosamente, tirando de Madwin.

—¡Maldito sea! — exclamó Silesis más que rabioso—. Se ha emborrachado hasta no poder dar ni un paso. ¡Condenado imbécil! ¡Y que un tipo así presuma de ser uno de los mejores pilotos de la federación galáctica!

Sin dejar de rezongar, el teniente Jogn saltó a tierra y fue al encuentro de la joven xictonia.

—¿Cómo es que él está borracho y tú no? —le preguntó.

—No estuve bebiendo con él.

—¿No? —preguntó Silesis mirándola con recelo.

—No. Le encontré tirado en una de las pistas exteriores del pueblo. Dos tipos estaban con él y creo que le robaron hasta el último crédito.

—Es lo normal... —bufó el teniente.

—Me pidió que le trajera a su nave —añadió ella—. Dijo que era su capitán y que me recompensaría.

El teniente la miró de pies a cabeza.

La xictonia le pareció bastante atractiva y rápidamente consideró la conveniencia de que se quedara a bordo para satisfacer los apetitos de Madwin.

«Eso me evitaría problemas porque ya no me pediría que le alquilase o le vendiera a Elsa, a quien él cree un robot.»

Apenas pasó aquella idea por su mente se encaró con la joven xictonia.

—¿De qué manera puede recompensarte si se ha quedado sin un cochino crédito?

Shulaiz tragó saliva y respondió en voz tan baja que apenas era audible.

—Yo pensé que siendo el capitán..., me aceptaría en su

nave y me llevaría lejos de aquí.

—¿Quieres marchar de Xicton?

—¡Y quién no quiere hacerlo! ¡Este es el peor y más ruin de los mundos!

—Tienes razón... —aprobó Silesis mirándola con renovado interés.

—¿Cree que él aceptará llevarme a bordo? —preguntó ella con esperanza y llena de ansiedad.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo acomodaticia y servicial que tú estés dispuesta a ser, de que te avengas a complacerle..., en todo.

La xictonia tragó saliva.

Ella no necesitaba que el terrestre le aclarase lo que significaban sus palabras, lo que quería decir con eso de mostrarse acomodaticia y complaciente en todo.

Shulaiz sabía lo que incluía aquel todo.

Respondió con un gesto de cabeza.

Afirmativo.

El teniente Jogn sonrió complacido, pero quiso dejar las cosas totalmente clarificadas, para que luego no hubiera errores.

—Si vienes con nosotros tú estarás a su exclusivo servicio y deberás obedecerle. Harás cuanto él te ordene. Dormirás en su compartimento y le servirás de objeto de placer. ¿Estás conforme?

—Sí.

Shulaiz clavó sus ojos en el teniente.

—Has dicho que estaré a su exclusivo servicio. ¿No tendré que servirte a ti también?

El teniente respondió con un movimiento negativo de cabeza.

—Yo no te necesito. Tengo una hembra robot.

—Bueno…, lo que tú digas — contestó la xictonia algo picado su amor propio— De todos modos si en algún momento quisieras… No tendrás más que indicármelo. También estoy dispuesta a complacerte a ti.

—Te lo agradezco, pero no será necesario. Y ahora ayúdame a subirle a bordo. Zarparemos de aquí inmediatamente. Tengo ganas de perder de vista a Xicton.

—Y yo. No puedes imaginarte cuánto deseo irme de este cochino agujero.

—Te creo sin necesidad de que me lo jures. Lo poco que conozco de Xicton es más que suficiente para no tener ganas de pasar en este planeta ni siquiera un día entero.

—¿Has bajado a tierra? —preguntó Shulaiz extrañada.

—Hoy no. Pero estuve aquí antes, durante la campaña de pacificación del sistema Circonx. Ya entonces me asqueó el sitio y me alegré cuando me trasladaron a Erstam.

—Pues durante la guerra esto estaba muy animado— indicó la joven xictonia— en tanto que ahora parece un cementerio de ratas resignadas.

Silesis rio comprensivo.

—Y tú no lo eres claro.

—No, no lo soy —replicó Shulaiz desafiante—. No soy de las que se resignan y tampoco tengo nada de rata. Soy una mujer con unas ganas tremendas de gozar de la vida.

—Estás en tu derecho y ahora podrás hacerlo.

El teniente calló un momento y le pasó un brazo a Madwin por la cintura, sosteniéndole. Shulaiz continuó sujetando al capitán, pero Silesis le dijo:

—Yo le llevaré hasta la compuerta. Adelántate y mantenía abierta. Entonces me ayudarás a subirlo a bordo.

Shulaiz le obedeció puntualmente.

Minutos más tarde, ayudado por la joven xictonia, el teniente Jogn dejaba a su jefe acostado en la litera de su compartimento, roncando a pierna suelta y durmiendo con el

sueño profundo de los borrachos.

—Quédate con él para que te encuentre a su lado cuando despierte —dijo el teniente Jogn.

—¿Y qué le digo? —preguntó Shulaiz.

Silesis se encogió de hombros.

—Dile lo que te venga en gana, pero ya sabes cuál es el contrato. Complácelo en todo lo que te pida o…, mejor aún, adelántate a sus deseos y todo irá bien para ti.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Luego, al ver que el oficial de navegación del *Pandora* le volvía la espalda para abandonar el compartimento, preguntó:

—¿Nos iremos pronto?

—¡Ahora mismo!

Y, dejándola con la palabra en la boca, Silesis salió para ir a la cabina de mandos y requerir de las autoridades del astropuerto el permiso necesario para el despegue.

Shulaiz permaneció inmóvil unos instantes, mirando al hombre que dormitaba en la litera.

Sonrió.

Con un gesto decidido la mujer fue a la puerta del compartimento y lo cerró por dentro. Luego procedió a desnudarse y se acostó en la litera junto a Leo Madwin.

Así pensaba esperar a que él despertara.

De aquella manera estaba dispuesta a adelantarse a sus deseos y a complacerle en todo.

Mientras, el teniente Jogn obtenía ya la oportuna autorización y, sin pérdida de tiempo, ponía en marcha los impulsores para el despegue imprimiéndoles la máxima potencia, a fin de salir cuanto antes de la zona de atracción creadas por las fuerzas gravitatorias del pequeño planeta.

En la superficie brillante de la pantalla podía apreciarse cómo Xicton disminuía aparentemente de tamaño, de modo paulatino, convirtiéndose primero en un punto apenas visible

para acabar desapareciendo por completo del visor.

Silesis examinó la carta de navegación astral, en la que estaba marcado el itinerario establecido antes de efectuar aquella improvisada e improductiva escala en Xicton. Estudió un nuevo plan de vuelo marcando otro rumbo a los controles automáticos que incluía el paso entre los planetas de Harr y Erstam.

Una vez efectuada aquella tarea que le permitía descansar con relativa tranquilidad, y sabiendo que la joven xictonia permanecía en el compartimento del capitán Madwin para satisfacerle como éste quisiera, Silesis pulsó el zumbador a fin de llamar a Elsa-03 a la cabina y tenerla a su lado.

«Imagino que Leo tardará en despertar de su borrachera y que al encontrar a su lado una muchacha complaciente no tendrá ganas de asomar las narices por aquí… Si acaso llamará por el intercomunicador, pero eso no tiene por qué impedirme que, entretanto, yo pase también un buen rato.»

Un suave rumor de pasos a su espalda le hizo girarse hacia la puerta de la cabina.

Obediente como siempre, Elsa-03 se encontraba allí y le miraba sonriente.

—¿Me llamaste, querido?

—Sí… Acércate. No puedo pasar sin ti.

Elsa-03 no necesitaba oír más.

Siempre con la sonrisa en los labios fue hasta el hombre y se le sentó encima de las rodillas, para acariciarle incitante y besarle en los labios sorbiendo su aliento en forma tan excitante que, sin poder contenerse, Silesis la poseyó allí mismo, sentado, tal cual estaba.

CAPÍTULO III

Después de dirigir una prolongada mirada de satisfacción al viejo crucero, Jory Lars, avanzó despacio hacia él.

Caminaba con lentitud a pesar de que sentía la urgente necesidad de salir de allí cuanto antes. Pero había algo que le atraía al contemplar aquella forma de huso metálico apuntando con su morro al cielo, al espacio libre.

La vetusta nave espacial, recién pintada de gris acerado, ofrecía ahora mejor aspecto que cuando él la vio por vez primera. A Lars le parecía imposible que aquel crucero hubiera estado destinado, en algún momento a ser subastado como un simple montón de chatarra.

«Hemos hecho un buen trabajo... Hay que reconocerlo.»

Al pensar así, Jory Lars no se equivocaba.

Tanto él como los componentes de su equipo, todos ellos veteranos también de la campaña de pacificación de Circonx, no habían escatimado esfuerzos para dejar a punto la vetusta nave.

Ahora, el crucero brillaba a la mortecina luz del sol poniente y despedía centelleos metálicos tal y como debió hacerlo en el día de su inauguración, en sus mejores tiempos.

Jory Lars dirigió una ojeada a las letras recién pintadas en el fuselaje. El nombre de Thanatos destacaba junto al símbolo de la muerte, la calavera.

«Igual que los viejos piratas de antaño —pensó Jory Lars complacido—. Y eso es, en el fondo, lo que vamos a ser en cuanto pasemos a la acción: piratas de nuevo cuño.»

Con una vaga sonrisa de complacencia en sus labios, de trazo duro, Jory Lars llegó junto a la astronave, Estiró un

brazo para asir el pasamanos y trepó escalera arriba hasta la compuerta de entrada.

Como había visto que los componentes de su equipo ya le habían precedido, en cuanto el ex capitán estuvo dentro de la nave cerró la compuerta y pasó a la cabina de mandos.

Borstal, su segundo, estaba ya instalado en el puesto del copiloto aguardándole.

—¿Todo en orden? —le preguntó mientras se acomodaba junto a él en el asiento destinado al piloto

—Sí, Jory. Podemos partir cuando tú quieras.

—Ahora…

Jory Lars se abrochó delante del pecho el doble cinturón de seguridad y estiró los brazos para verificar que estaba a la distancia justa del panel de controles para manejar éstos cómodamente.

Una vez efectuada la necesaria comprobación, Jory respiró hondo y dijo otra vez:

—Ahora…

Sus dedos rozaron una fila de conmutadores, presionando sólo los necesarios para proceder al despegue.

Al instante se encendieron las luces que indicaban el comienzo de la maniobra.

Un estremecimiento acompañado de fuertes vibraciones sacudió la astronave mientras los propulsores alcanzaban el grado de máximo rendimiento.

El ex capitán murmuró algo que Borstal no llegó a entender, pero por el tono de su voz pudo percibir que Jory estaba satisfecho.

Y no era para menos.

Lo que estaba destinado a ser un montón de chatarra se había convertido, en sus manos, en una nave de guerra capaz de enfrentarse con muchas astronaves de la federación galáctica. Con una diferencia a su favor: todos los tripulantes eran veteranos de lo más experimentado.

Igual que él.

Y aquella veteranía se demostró ya en el perfecto despegue y en la ajustada proyección al cuatridimensional espacio libre.

Todo estaba saliendo a las mil maravillas.

El *Thanatos* dejaba atrás el asteroide que le sirviera de taller de reparaciones y de base de suministro. Allí había podido permanecer bien resguardado sin que los patrulleros de la FG hubieran localizado su presencia que, de ser detectada, les habría causado no pocos problemas y puesto en peligro todos sus planes.

Ahora, ya en vuelo, y luego que hubieran dado el salto por el hiperespacio, nada podría detenerles.

Nada...

A menos que lo hiciera Thanatos, la muerte.

El viejo crucero rugía sordamente al surcar el espacio libre en dirección a las coordenadas que debían permitirles dar el salto por el hiperespacio y aparecer entre los mundos de Harr y Erstam, su inmediato objetivo.

Durante unos breves instantes, Jory Lars contempló la amplia panorámica que, en la pantalla, se abría ante sus ojos.

Lo que veía era un vasto campo profusamente sembrado de estrellas y asteroides, sin nada que se interpusiera entre las formaciones estelares y el *Thanatos*. Sólo aparecían aquélla y éstos esparcidos por la negrura del espacio, agrupándose algunos en nebulosas espirales o formando extensas franjas que parecían estar hechas de alguna masa brillante, compacta y densa.

Sujetando con fuerza el volante-timón de mando, Jory Lars abrió todos los canales de comunicación e inquirió:

—¿Todos en sus puestos? ¿Alguna novedad?

El primero en responder fue el escuchimizado y casi esquelético Huds, especialista en comunicaciones.

—Afirmativo a la primera pregunta. Negativo a la

segunda.

Continuó el técnico en sistemas de control, el obeso y pecoso Rochiz:

—Hechas todas las verificaciones. Nada que señalar.

Le siguió BJ, antiguo teniente de comandos y fuerzas especiales de ataque, lo que no dejaba de sorprender a quienes le veían tan corto de estatura y con cara aniñada.

—Todo perfecto, capitán.

El último en contestar fue el grandullón y casi simiesco Womait, el hombre más atrevido y jaranero de cuantos habían pasado por las unidades especiales de bombarderos de precisión, y que ahora parecía estar encogido dentro de la pequeña cabina del cohete auxiliar, adosado a la parte superior de la astronave.

—Sin más problemas que la falta de espacio para moverme. Por lo demás, sólo espero el momento de pasar a la acción.

Jory Lars les contestó a todos simultáneamente.

—Animo, amigos. No tardaremos en cruzar el hiperespacio y daremos el golpe. Luego..., ¡a vivir como potentados!

Después de aquella afirmación que fue acogida con un murmullo general aprobatorio, el capitán del Thanatos, verificó las coordenadas de situación, las señaló con el índice al mismo tiempo que consultaba con la mirada a su segundo y tras el gesto de asentimiento de Borstal, accionó el conmutador que había de proyectar el viejo crucero al hiperespacio.

El salto se efectuó sin demasiada brusquedad.

Los perfeccionados mecanismos del Thanatos respondieron perfectamente a la prueba y los controles manuales efectuaron el paso sin la brusquedad ni virulencia que podía temerse.

El *Thanatos* atravesó como una exhalación la zona del

hiperespacio que le correspondía hasta que, de pronto, se encontró nuevamente fuera de él.

La sirena de alarma resonó en el interior de la astronave de guerra, anunciando la presencia, muy próxima, de un cohete espacial de la federación galáctica.

En el interior de la cabina de mandos del Thanatos, incorporándose en su asiento para ver más de cerca la pantalla, Jory Lars apuntó a ésta con el índice señalando aquella imagen y, sin volver la cara hacia Borstal, exclamó:

—¡Ahí tenemos a nuestro objetivo! ¡Puntual y exacto como habíamos calculado!

El segundo de a bordo miró a su vez al blindado cohete de transporte, que estaba dotado de las mejores y más sofisticadas medidas de seguridad.

—¡Y que en ese trasto viajen más de mil millones de créditos en vanadio enriquecido hexavalente! —rio complacido—. ¡Nadie lo diría!

Jory Lars rio a su vez.

—Nosotros lo diremos a no tardar mucho. En cuanto nos hayamos apoderado de todo ese VOEH.

A continuación, dirigiéndose a todos los componentes del equipo a través de los canales internos de comunicación, anunció:

—Dispuestos para iniciar la operación de captura. Vamos a comenzar la primera fase.

Desde el vehículo auxiliar llegó la voz de Womait:

—Ya estoy listo, capitán.

—Y yo también —anunció el pequeñajo BJ.

—Perfecto, camaradas. ¡Adelante y buena suerte!

Un fuerte zumbido se dejó escuchar y un leve estremecimiento sacudió al crucero, cuando la nave auxiliar abandonó a éste para dirigirse en línea recta al transporte de la FG en el que viajaba una fortuna en VOEH que aquellos hombres codiciaban.

Una fortuna que Jory Lars y los componentes de su equipo consideraban ya como suya.

* * *

Leo Madwin entreabrió los ojos, pero volvió a cerrarlos en seguida, cegado por la luz de su compartimento. Se incorporó pesadamente en la litera, aunque al hacerlo le costó un tremendo esfuerzo. Tuvo que parpadear varias veces hasta conseguir que sus ojos se acostumbraran a la luz y la soportasen, ya que, aun siendo indirecta, le hería igual que si estuviera mirando de frente a un sol.

Al notar junto a él la proximidad de un cuerpo, el capitán se giró para ver de quién se trataba.

Que era una mujer saltaba a la vista, que fuese una xictonia era lo más probable, pero… ¿cómo diablos había llegado hasta allí y qué hacía desnuda en su compartimento?

Estuvo a punto de zarandearla para preguntarle, pero su gesto quedó inconcluso.

Si al principio él no recordaba nada de lo que hizo en aquel asqueroso y sucio planeta, algo empezaba ya a venirle a la memoria.

«Me echaron de un tugurio cochambroso donde, por lo visto, bebí más de la cuenta de aquel pestilente jugo de algas. Este debió ponerme fuera de combate y a merced de los xictonios, que me darían una paliza de muerte, porque me duelen todos los huesos del cuerpo.»

Al palparse para verificar que no tenía nada roto se dio cuenta de que le faltaba la cartera con los créditos que llevaba encima cuando bajó a tierra.

«Me desplumaron como a un incauto… ¡Bah! Me lo tengo merecido, por idiota, como cuando me puse a jugar con los telépatas circonios. ¡Esas cosas sólo se me ocurren a mí!»

El capitán miró con nuevos ojos a la mujer que, en su litera, seguía durmiendo plácidamente.

«Ella debió traerme hasta el *Pandora* —pensó, acariciándose la barba con gesto maquinal—. Tal vez le prometí sacarla de Xicton y por eso se quedó a bordo.»

Por las vibraciones de la nave, Madwin se dio cuenta de que estaban volando. Soltó unas cuantas maldiciones entre dientes y se levantó para abrir el receptáculo que contenía el equipo de emergencia, del que sacó una cápsula de salicetril polivalente que engulló rápidamente y le puso en forma en escasos minutos.

En aquel momento despertó Shulaiz.

—Hola, capitán... —saludó sonriente—. Parece que me quedé dormida.

Leo Madwin respondió con un gesto de asentimiento, mientras que ella añadía:

—Esperaba que se recobrase antes y pasásemos juntos un buen rato.

Le tendió los brazos, ofreciéndose.

El capitán Madwin no era de los que acostumbrasen a despreciar a ninguna mujer y menos si era tan bonita como la xictonia aquella, pero en ese instante era otra cosa lo que le preocupaba.

—¿Fuiste tú quien me trajo a bordo?

—Sí. Pero luego me ayudó su segundo a subirle a la nave.

—¿Por qué te has quedado?

—Me ofreció sacarme de Xicton. ¿Es que se arrepiente ahora? Le aseguro que seré tan complaciente como lo desee, capitán —se apresuró ella a decirle, temerosa de que pensara en volver a su mundo para dejarla otra vez en Xicton.

El movió la cabeza negativamente.

—No me arrepiento de nada..., aunque tampoco recuerde haberte hecho ninguna promesa.

—La hizo —aseguró Shulaiz con firmeza.

—Bien. Te creo. No tienes que preocuparte por eso.

Después, señalando al exterior, añadió:

—¿Tardó mucho el teniente Jogn en despegar?

—Apenas nada, capitán. En cuanto le dejó acostado y me dijo lo que yo tenía que hacer para tenerle contento se fue a la cabina de mandos y poco después ya estábamos volando.

Leo Madwin volvió a maldecir entre dientes y se encaminó a la puerta de su compartimento.

—¡Capitán!

—¿Qué? —preguntó él, volviéndose a medias.

—¿No quiere… nada de mí?

Leo sonrió.

—Ahora, no. Más tarde.

Y antes de que ella pudiera decir nada, el capitán abandonó el compartimento para dirigirse a la cabina de mandos.

Silesis Jogn estaba en su puesto, solo.

—¡Vaya! — exclamó el capitán—. Creí que encontraría aquí a tu inseparable Elsa-03.

—¿Te habría molestado mucho eso? —replicó acremente el segundo de a bordo—. Tú ya tienes una mujer en tu compartimento para distraerte. ¿Qué te importa lo que yo haga o deje de hacer?

—Nada… Tienes razón.

El capitán se instaló en su puesto mientras preguntaba:

—¿Qué rumbo hemos tomado?

—El que estaba señalado antes de que hiciésemos escala en Xicton. Dentro de poco estaremos ya a la vista de Harr y Erstam.

—Bien. Dentro de lo malo eso no es lo peor.

Silesis estalló furioso:

—¡No podía hacer otra cosa! Volviste sin ninguna carga para el *Pandora*, tal y como yo te había dicho. Perdimos veinticuatro horas y te trajiste una fulana a bordo. ¿Qué otra

cosa esperabas que hiciese si no era volver a nuestro rumbo inicial?

—Está bien, Silesis... está bien... —dijo el capitán en tono contemporizador.

El oficial de navegación se levantó con ánimo de volver a su compartimento donde esperaba encontrar a su Elsa. Sin embargo, aún no había ganado la puerta de la cabina cuando la voz alarmada de su capitán le hizo volverse y mirar, como él, a la pantalla.

—¡Qué cosa tan extraña!

—¿Qué ves en eso de extraño?

—¿No te das cuenta? Un viejo crucero de guerra navegando en dirección paralela a la trayectoria que sigue uno de los transportes de la FG.

—Sigo sin ver nada de extraño en eso.

—¿No?

—Claro que no. Se tratará de su escolta. Quizá transporte algo muy valioso...

Leo Madwin movió la cabeza negativamente.

—No estoy de acuerdo contigo. Ese modelo de transportes no necesita naves auxiliares que los escolten. Además... ¡fíjate! Del crucero ha partido ahora una pequeña nave auxiliar.

—Ya lo veo. ¿Y qué?

Fruncido el entrecejo, con gesto que denotaba una creciente preocupación, el capitán Madwin replicó:

—Los detectores de a bordo del transporte no señalarán a esa nave, ni tampoco sus movimientos. Aquéllos captarán la presencia del crucero, cuyas señales absorberán las de la nave auxiliar. O si acaso aparecerá una pequeña mancha en la pantalla que será tomada como una simple interferencia.

—¿Tú crees?

—Sí...

—¿En qué te basas para afirmarlo?

—En que ése era precisamente el sistema que utilizábamos en los comandos especiales durante la campaña de pacificación de Circonx para acercarnos a las grandes naves de guerra enemigas y destruirlas sin grandes problemas. Y si uno de los veteranos de entonces está al mando de ese crucero...

Leo Madwin dejó la frase en suspenso, como una amenaza latente. Ya preocupado, Silesis inquirió:

—¿Qué sucedería?

El capitán se encogió de hombros y soltó un bufido.

—En ese caso —dijo— podría asegurarse que eso es una operación de asalto al transporte.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el teniente, sorprendido al ver que Madwin se disponía a utilizar el transmisor.

—Si conociera la frecuencia en que transmite el transporte me pondría al habla inmediatamente con su comandante. No siendo así, abriré todos los canales de comunicación, por si acaso, y daré cuenta a la base de lo que está ocurriendo.

—Di más bien que comunicarás lo que tú crees que puede ocurrir —le rectificó Silesis.

—Para el caso da lo mismo.

—Nada de eso, capitán. Y si quieres que te lo diga yo mismo puedo anticiparte cuál será la respuesta de ellos.

Y, con una risotada burlona, el teniente añadió:

—Los de la base no te harán ni puñetero caso. Te mandarán al cuerno. Y te apuesto cien créditos contra diez a que será eso lo que hagan si te emperras en darles tu «aviso».

Leo Madwin se encogió de hombros y, rezongando entre dientes, murmuró:

—Puede que sí y puede que no. De todas maneras, yo cursaré el aviso para que se adopten las medidas pertinentes.

—No lo harán, Leo.

—Bueno, que no lo hagan, pero al menos, yo habré puesto todo de mi parte y me sentiré más tranquilo.

El teniente Jogn hizo un gesto que indicaba su disconformidad, pero no se opuso a que Madwin abriese todos los canales de comunicación y estableciera contacto con la base espacial de Erstam.

—Aquí nave de transporte independiente *Pandora*, clasificada con el registro PA-T1-01, llamando a centro de comunicaciones de Erstam. Habla el capitán Madwin. ¿Me reciben? Corto.

Desde la base contestó alguien que parecía conocerle.

—Aquí centro de comunicaciones de la base de Erstam. Te estoy recibiendo claro y bien, Leo. ¿Qué haces por aquí y qué tripa se te ha roto? Corto.

Los ojos de Madwin brillaron al reconocer a su interlocutor.

—¿Eres tú, Stonny, viejo zorro? ¿Qué diablos estás haciendo en esa base? Corto.

—Soy el comandante inspector de la zona. Pero aún no contestaste a mis preguntas, Leo.

El capitán Madwin oyó el consabido «corto» mientras observaba con creciente preocupación cómo la pequeña nave que había partido del crucero avanzaba ya sin lugar a dudas en línea recta hacia el centro del transporte de la FG.

—Tus preguntas y los saludos protocolarios los dejaré para más tarde. Ahora se trata de una emergencia.

—¿De qué emergencia hablas? ¡Tienes problemas con ese trasto que pilotas? ¡Menudo vejestorio!

—No te rías, Stonny, y atiende.

Leo Madwin se fijó en que la nave auxiliar del crucero llegaba ya al radio de acción del transporte. Vigiló si en éste se producía alguna señal que indicase se hubiera advertido su proximidad y, al ver que no era sí, volvió a tomar la palabra

continuando la transmisión.

—¿Recuerdas el sistema de ataque utilizado por los comandos y las fuerzas especiales contra las naves de guerra circonias durante la pasada campaña de pacificación?

—Claro que lo recuerdo, Leo. Y también que nos fue muy bien. Pero… ¿qué tiene eso que ver con tu presencia en estas coordenadas o con la emergencia de que hablabas antes?

—Conmigo no tiene nada que ver, pero sí con ese viejo crucero, que me parece del modelo KLAN-ZO,23 y que yo creí estaba en desuso…

—¿Qué le sucede a ese crucero?

—Está navegando en dirección paralela a un transporte federal. ¿No te dice eso nada aún, Stonny?

—Nada en absoluto.

—¿Y si añado que del crucero ha partido una nave auxiliar en dirección al transporte, igual que hacíamos entonces cuando atacábamos a las naves circonias? ¿Tampoco eso te dice nada?

—¡Condenado Madwin! —estalló iracundo el comandante inspector de la zona—. Seguro que has estado emborrachándote y rezumas jugo de algas hasta por las orejas. ¡No estamos en guerra con nadie!

—Puede que no lo estemos y eso no te lo discutiré, Stonny, pero si en ese transporte federal hay algún cargamento valioso es muy posible que haya alguien interesado en apropiárselo por las buenas. ¿Me vas entendiendo ahora?

—Claro que te entiendo y también que me estás gastando una broma que no tiene ni pizca de gracia.

Madwin frunció el ceño y el tono de su voz se hizo acre.

—No se trata de ninguna broma, Stonny —insistió—. Ten en cuenta que yo veo lo que sucede desde un ángulo diferente al tuyo y al del transporte federal. Tanto a la base como a éste os engañan las señales del crucero. Fíjate en si se aprecia un

punto de interferencia entre los campos porque por lo que estoy viendo, la nave auxiliar del crucero está disponiéndose ya a atacar.

—¡Te repito que estás loco, Madwin! ¡Nadie en su sano juicio se atrevería a tomar por asalto una nave de la federación!

—¿Nadie…?

Leo Madwin dejó la pregunta en el aire porque, en el preciso instante en que la formulaba, una fuerte explosión acalló lo que él hubiera querido añadir.

Aquel horrísono estallido silenció a la vez las objeciones formuladas hasta entonces por el comandante inspector de la zona.

Desde la nave auxiliar del *Thanatos*, el pequeño BJ había pasado al ataque.

De un modo fulminante.

El pequeño BJ había pillado por sorpresa al cuerpo defensivo del transporte federal que no pudo impedir la inmovilización de éste, cuya captura o destrucción podía darse ya por hecha.

CAPÍTULO IV

Mientras se desarrollaba la transmisión entre el *Pandora* y la base espacial de Erstam, el teniente Jogn había adoptado un aire displicente y de superioridad que él creía apabullante. Miraba a su jefe con cierto aire conmiserativo, como si le dijera «ya te lo había advertido… ya te lo dije…»

La explosión y lo que siguió a continuación hizo que Silesis cambiase radicalmente de actitud.

El teniente miró a Madwin con sorpresa, admiración y respeto. Igual que si éste fuera un augur y le hubiese adivinado el porvenir. Por lo menos, Leo había acertado en su predicción respecto al crucero y al transporte federal.

Con ojos desorbitados por el asombro, el teniente Jogn veía cómo el enorme transporte de la FG permanecía inmovilizado en el espacio libre, a merced de sus agresores.

El crucero avanzó hasta situarse a un costado de la nave federal en tanto que la pequeña nave auxiliar describía semicírculos en derredor, en misión de cobertura.

—¿Qué harán ahora? —preguntó Silesis volviéndose hacia su capitán que, como él, permanecía atento a la pantalla.

—Tú, ¿qué crees? —replicó burlón Leo.

—No sé...

—Yo te lo diré, muchacho —sonrió el capitán—. Una vez eliminado el cuerpo defensivo y ya desarmado el transporte, los del crucero procederán al aniquilamiento del resto de la tripulación.

—¡Pero eso es un crimen!

Leo Madwin se encogió de hombros y bufó despectivo:

—Como si ese detalle pudiera detener a unos individuos que han sido capaces de asaltar una nave federal, con todos los riesgos que eso comporta. ¿Crees que no habrán medido todos los pros y los contras de la operación?

Ante el silencio de Silesis, el capitán añadió:

—No, mi querido Jogn. A los tipos que han programado ese ataque, llevándolo luego a la práctica, no les puede detener ya nada más que la fuerza... y aun ésta habrá que saber aplicarla porque estoy seguro de que se trata de veteranos de la última campaña.

Leo suspiró entonces ruidosamente.

—Si al menos el *Pandora* estuviese armado..., si pudiésemos contar con elementos apropiados para atacar...

El teniente Jogn dio gracias mentalmente al consejo supremo de la federación que había prohibido que las naves de transporte llevaran armas ofensivas.

«Eso nos libra —pensó tranquilizado— de que este loco que tengo por jefe se lance a una aventura que sólo podría terminar con nuestra muerte.»

Sin embargo, Leo Madwin no era hombre capaz de permanecer con los brazos cruzados, mientras delante de él unos facinerosos actuaban delante de sus narices asaltando a una nave de la FG.

El capitán volvió a establecer contacto con el centro de comunicaciones de la base espacial de Erstam.

—¿Qué me dices ahora, Stonny? —preguntó—. ¿Todavía sigues pensando que estoy borracho?

La voz del abrumado comandante inspector de la zona llegó hasta él sin la virulencia de antes.

—Tengo que ofrecerte mis disculpas, Leo. Lo lamento. Debí hacerte caso...

—¿Y por qué en vez de lamentarte no le pones remedio? Si mandas un par de cruceros del último modelo se desharán de este trasto en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Ojalá pudiese!

—¿No hay unidades de combate en Erstam?

—No, por desgracia. Si estoy aquí es precisamente porque se produjeron algunos disturbios en la zona y la flota está operando en el sector de Dinjar. ¡Demasiado lejos para que puedan intervenir y salvar el cargamento de ese transporte!

—¿Qué llevaba?

—Vanadio enriquecido hexavalente, por un valor de mil doscientos cincuenta millones de créditos.

Leo Madwin dejó escapar un silbido. Luego preguntó:

—¿Y no piensas hacer nada?

—Naturalmente que haré —estalló furioso Stonny—. Enviaré contra el crucero a las dos naves patrulleras que han quedado en Erstam. Su misión será la de acosar y vigilar al crucero de los asaltantes para que no puedan escapar a la flota de guerra que ya ha puesto rumbo hacia aquí.

—¡Menos mal! —exclamó Madwin—. Aunque dudo mucho que unos simples patrulleros puedan hacer gran cosa. Yo que tú —añadió queriendo ser persuasivo— les diría que no se acercaran demasiado al crucero, que se limiten a liquidar a la nave auxiliar y dejen al otro para la flota.

—No te molestes en darme instrucciones sobre lo que hay que hacer en un caso así. Sé bien lo que hago.

—¿De veras? —rio sarcástico Madwin—. A mí me ha parecido que hasta ahora no has hecho nada a derechas.

El comandante inspector de la zona gritó irritado:

—¡Métete en tus asuntos y desaparece de estas coordenadas! ¡Aquí no se te ha perdido nada!

Leo Madwin se acarició su rubia barba con gesto pensativo.

—No me apetece la idea de perderme el espectáculo —murmuró al cabo—. Además, eso de que no se me ha perdido nada...

Entonces, como si no hiciera al caso, añadió:

—Si no lo tengo mal entendido, en un caso de rescate, la federación suele gratificar con el diez por ciento del importe de la mercancía recuperada. Veamos...

Leo Madwin hizo como que calculaba y hablaba consigo mismo, sabiendo que sus palabras estaban siendo captadas en el centro de comunicaciones de Erstam.

—...tratándose de mil doscientos cincuenta millones de créditos, a mi socio y a mi podrían correspondemos ciento veinticinco millones.

El capitán silbó entre dientes expresando así su admiración ante una cifra tan sustanciosa. Y añadió:

—Eso es una verdadera fortuna. Sí, señor. Toda una fortuna. Más que suficiente para que el teniente Jogn y yo vivamos como potentados el resto de nuestros días, sin dar ni golpe, con un regimiento de mujeres auténticas para servirnos y con robots para servirlas a ellas. ¡Qué ilusión...!

La voz irritada del comandante inspector de la zona cortó aquella verborrea chillando agresivo:

—¡Te prohíbo terminantemente que intervengas en este asunto, Leo Madwin, y más aún, que interfieras en la labor de los patrulleros de la policía espacial! ¿Me has oído? ¡Te lo prohíbo!

El capitán Madwin dejó escapar una risita burlona.

—No sé qué pasa... —dijo después—, pero te oigo muy mal, mi querido comandante. No llego a entender ni la mitad de tus palabras, Stonny. ¿Quieres repetir tu mensaje, por favor?

—He dicho que te prohíbo... ¡Maldito seas, Madwin! ¡Me consta que me oyes perfectamente y que te haces el loco! Escucha bien, como hagas algo punible ten en cuenta que yo mismo te enviaré a la estrella más lejana para que te pudras...

Sin dejar de sonreír, Leo atajó el chorro de improperios y de prohibiciones.

—Repito que no capto bien el sonido. Quizás estoy en una zona de interferencias. De todos modos debo recordarte que el *Pandora*, de acuerdo con las disposiciones vigentes, no cuenta con armamento de ataque y sólo dispone de elementos defensivos. Y en este caso eso es una lástima porque, muy a pesar mío, tendré que limitarme a ser testigo del combate... ¡Con lo que me gustaría participar en él!

En tono de resignado conformismo Leo concluyó:

—En fin, dejaremos que otros hagan el trabajo y Jogn y yo nos quedaremos en el palco para ver la función. Cierro y corto.

Así lo hizo el capitán Madwin, pero su segundo vio que los ojos le brillaban de modo extraño.

—Espero que no tratarás de desobedecer las órdenes que te han dado.

Leo le miró de soslayo, limitándose a decir:

—Establece las barreras de protección por si acaso nuestra presencia les resulta molesta a esos amigos del crucero. No quisiera que nos sorprendieran y nos liquidaran antes de que pudiésemos enterarnos.

—Si nos mantenemos alejados... —empezó a decir Jogn.

—¿Y quién habla de estar lejos? — le atajó el capitán—. Lo que vamos a hacer será precisamente lo contrario. Nos situaremos tan cerca de ellos que si las naves patrulleras de la

policía espacial fracasan en su tarea, como así espero que suceda, podamos nosotros, al menos, seguirles para averiguar cuál es su punto de destino.

Silesis se removió preocupado en su asiento.

—¿Te das cuenta de cuál puede ser nuestro destino si los del crucero nos atacan?

El capitán Madwin asintió con gesto grave.

—Te voy a decir cuál era el lema de la unidad que mandaba el comandante Rimm y a la que yo pertenecía.

Silesis le miró expectante. Y él concluyó:

—Nuestro destino es victoria o muerte. Para él fue Thanatos, la muerte, para quienes sobrevivimos fue la victoria.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Nada..., o mucho. Sólo que el viejo lema vuelve a entrar en vigor. Destino: victoria o muerte.

Ensimismado y cejijunto, refunfuñando como si hablara consigo mismo, Leo agregó:

—De nosotros dependerá, única y exclusivamente, cuál haya de ser ese destino. Y ojalá acertemos en la elección para que obtengamos la victoria...

«¿A qué victoria se referirá este loco —pensó Silesis un tanto turbado—, si nosotros no estamos en condiciones de combatir y, además, nos lo han prohibido expresamente?»

—...porque si no es así —siguió murmurando Leo—, si fracasamos, no creo que pueda caber duda alguna sobre el destino que nos aguarde. Sólo habrá uno posible: la muerte. ¡Thanatos!

* * *

El capitán Jory Lars permanecía relajado en su asiento, mostrándose completamente tranquilo en apariencia, aunque en su interior tascase el freno de la impaciencia. Junto a él, Huds, el esquelético y apergaminado encargado de las

comunicaciones, mantenía el contacto personal con Rodhiz y el pequeñajo BJ, que se hallaban en el interior del transporte federal, y con Womait, que permanecía a bordo de la nave auxiliar.

—Diles a esos caracoles que se den prisa en trasladar la mercancía. No podemos quedarnos aquí de vacaciones —rezongó Jory saliendo de su aparente apatía.

Huds transmitió el mensaje a los del transporte, recibiendo de éstos una respuesta tranquilizadora.

—Rhodiz dice que no te preocupes, que en menos de diez minutos habrán terminado.

—Bueno, si sólo tardan eso…

Jory interrumpió de pronto la frase para mirar con fijeza a la pantalla y, señalándola, ordenó:

—Identifica inmediatamente esos puntos.

—Acaban de aparecer y están muy lejos.

—¡Pero se están acercando! —exclamó Jory incorporándose en su asiento—. Y, por las trazas, lo mismo puede tratarse de dos aerolitos que pequeñas naves.

Huds no se lo hizo repetir dos veces y obedeció presuroso. Unos segundos más tarde, la ficha magnética con los datos requeridos por el capitán, pasaba de las manos de aquél a las de su jefe, y éste, al leerlos, dejó escapar una sarta de exclamaciones y maldiciones.

—¡Me lo estaba temiendo! ¡Condenación! ¡Son dos malditos patrulleros espaciales! ¡Debí suponer que no tardarían en dar señales de presencia! ¡Los muy bastardos!

Huds señaló a la pantalla.

—Vienen por nosotros.

El capitán curvó los labios en una mueca al replicar.

—No, si te parece están ahí dando un paseo y al vernos junto al transporte federal habrán pensado en acercarse a saludarnos para tomar juntos unas copas. ¡Deja ya de decir memeces!

A despecho de su réplica mordaz y de la furia que le estaba ganando por momentos, Jory Lars permaneció atento a 1a trayectoria que seguían las naves policiales.

Al cabo de unos instantes, sin volverse hacia Huds para no perder de vista la pantalla, le ordenó:

—Di a B J y a Rhodiz que den por terminado su trabajo y pasen inmediatamente a bordo del crucero. Tenemos que estar en condición de movernos cuando ellos traten de abordarnos.

—Dijeron que faltaba poco…, muy poco…

—¡Que falte lo que sea!

Huds no se atrevió a contradecirle y transmitió la orden. El capitán se apoderó entonces del transmisor y se puso al habla con Womait.

—Escucha, camarada —le dijo—. Dos patrulleros policiales vienen a estorbarnos. Creo que no saben dónde estás porque continúas bajo la protección de nuestras ondas y de las del transporte federal. Permanece quieto hasta que te rebasen. Entonces ataca por detrás al que tengas más próximo. Nosotros nos ocuparemos del otro. ¿Me has entendido?

—Naturalmente —rio Womait—. Está más claro que el agua.

—Asegura bien el blanco y no falles. Tu única ventaja está en la sorpresa. Sólo podrás disparar una vez…

—No te preocupes tanto, «papi» —replicó Womait—. El que yo elija no tendrá oportunidad de revolverse y de atacarme. Lo mandaré a los infiernos en cuanto lo tenga a tiro.

—De acuerdo. Y ahora, ¡manos a la obra!

Luego, en tono más bajo, Jory Lars repitió el viejo lema del ya extinto comandante Rimm:

«Destino: victoria o muerte. Victoria para nosotros y muerte para ellos.»

A continuación, el capitán Lars se dispuso a esperar que los patrulleros se acercasen más para desencadenar sobre ellos el ataque que los pondría fuera de combate.

* * *

¿No te lo estaba diciendo? — gritó Leo apuntando con el índice a la pantalla y reclamando la atención de Silesis—, ¡Les han preparado una encerrona de la que esos cretinos no acertarán a librarse!

—¿Y no puedes avisarles?

—¡No conozco su banda de comunicaciones! ¡Y si al menos los de Erstam pudieran transmitir suficientemente aprisa mis instrucciones…!

—Inténtalo al menos.

—Bueno… Lo probaré.

Inmediatamente, Leo Madwin volvió a establecer contacto con el centro de comunicaciones de la base de Erstam.

—¿Estás ahí, Stonny? ¿Puedes escucharme?

—Te oigo perfectamente. ¿Qué sucede ahora?

—Tus chicos…, esos de las patrulleras…

—Déjales actuar y no te metas.

—No, si yo no me meto, pero quienes van a hacerlo son los del crucero y vas a quedarte sin esas naves. ¡Les harán pedazos antes de que se enteren!

—¿Qué quieres decir, Leo?

—Lo que preveo sucederá si no le pones remedio ahora mismo. Te explicaré la situación. Mi ángulo de observación es inmejorable y muchísimo mejor que el tuyo.

—¡Habla! ¡Aprisa!

—El crucero se ha desplazado ligeramente de forma que al atraer hacia él la atención de tus patrulleros éstos no puedan ver como la pequeña nave auxiliar se sitúa a su

espalda para atacar por detrás. ¡Adviérteles de esa maniobra antes que sea demasiado tarde! Diles que se separen y que uno vaya a la zona de estribor del transporte mientras que el otro hace piruetas en el espacio hasta encontrar el ángulo muerto del enemigo. Si no recuerdo mal, el modelo KLAN-ZO, 23 fue puesto fuera de uso por esa razón. Tenía un talón de Aquiles en un ángulo muerto situado entre los propulsores y la primera zona de cañones láser.

—Lo recuerdo y estás en lo cierto. Voy a avisarles.

—¡Y ojalá no sea demasiado tarde!

Apenas acababa de formular aquel deseo, Leo Madwin vio como la pequeña nave auxiliar del crucero abandonaba la protección que le ofrecía el transporte federal y, saliendo por la banda de estribor, disparaba una mortífera y certera andanada contra el patrullero que tenía más próximo.

La aeronave de la policía espacial estalló en el aire pulverizándose en cuestión de segundos.

Antes de que los ocupantes de la otra nave policial pudieran advertir lo sucedido y cuando empezaban a recibir el mensaje que les estaba siendo transmitido desde el centro de comunicaciones de Erstam, el pequeñajo BJ disparaba a su vez contra ellos, acertando de lleno en la patrullera.

Una segunda explosión resonó en el espacio y la nave desapareció en medio de una gigantesca bola de fuego. Convirtiéndose en una enorme pavesa.

Leo Madwin soltó la más abundante y generosa retahíla de tacos y maldiciones que podían escucharse en los astropuertos de toda la federación.

—¿Lo has visto, Stonny? — aulló a través del intercomunicador—. ¡Tus chicos han volado tal como yo había predicho!

Un silencio ominoso acogió las palabras del capitán que, creciéndose en su furia, siguió vociferando:

—Ahora venme a mí con prohibiciones. Te diré lo que

haré con ellas si vuelvo a oírte…

En la base de Erstam continuó el silencio.

—Veo que callas y ésa me parece buena señal. Por eso voy a explicarte lo que me propongo. Luego ya verás la manera que encuentras de echarme una mano…, aunque prefiero sea más eficaz que la que les ofreciste a esos pobres desgraciados de las patrulleras.

Leo soltó una risita y añadió:

—Los del crucero están recogiendo su nave auxiliar y tengo la impresión de que van a abandonar estas coordenadas, pero llevándose el botín que vinieron a buscar: tu cochino VOEH. Y yo, entérate bien, cabezota del diablo, voy a ir tras ellos. ¡No desperdiciaré una recompensa de ciento veinticinco millones de créditos!

De pronto, la voz de Leo Madwin se interrumpió.

En la base espacial de Erstam todos los que se hallaban en el centro de comunicaciones se miraron perplejos.

Nadie se atrevía a formular en palabras su pensamiento.

Todos coincidían en lo mismo.

Los del crucero debían haber descubierto al *Pandora* y lo habrían eliminado.

—Me temo que Leo Madwin no cobrará ninguna recompensa —murmuró el comandante inspector apesadumbrado—. Los del crucero lo habrán liquidado…, y con él perdemos la única oportunidad que nos quedaba de seguir a los ladrones del VOEH. ¡Lástima!

En ese momento se dejó escuchar la voz alegre y zumbona del capitán Madwin.

—¡Hola, Stonny! Seguro que creíste que esos tipos del crucero me hablan hecho papilla, como hicieron con tus chicos. Pues te equivocas, amigo. Estoy vivito y coleando.

—¡No sabes cuánto me alegro, Leo! ¡De verdad!

—Te creo, viejo zorro. Y ahora atiende bien lo que voy a decirte. Los del crucero están preparando el salto por el

hiperespacio. Les veo ya en posición para efectuarlo.

Leo Madwin hizo una pausa, breve y efectista, añadiendo a continuación:

—Naturalmente yo voy a seguirles.

—¡No lo intentes! — gritó el comandante inspector de la zona—. ¡Tú no estás armado y ellos sí!

—Tranquilo, amigo… Antes, cuando me callé, fue porque estaba comprobando el funcionamiento de mis barreras de protección. Me habían descubierto y trataron de hacerme puré, pero las defensas funcionaron. En ese sentido no tengo nada que temer.

—Sí, al pasar por el hiperespacio dejarás fuera de uso las barreras de protección y, una vez al otro lado, tardarás minutos en volver a ponerlas en funcionamiento. Y si te están esperando… no te darán tiempo.

—Ya te dije que te tranquilizaras, tu viejo Leo tiene más de un as en la manga. Aguarda y verás. Y ahora registra bien las coordenadas en que doy el salto, para que puedas enviar a la flota o parte de ella a protegerme al otro lado. ¿Vale?

El comandante inspector asintió de mala gana y, desde su puesto de observación, verificó cómo el *Pandora* desaparecía a los pocos segundos de aquella zona.

Leo Madwin con su tripulación acababa de dar el salto a través del hiperespacio para ir al encuentro de su destino.

CAPÍTULO V

Antes de aquel día, Silesis Jogn había mirado un poco por encima del hombro a su jefe. Incluso llegó a tratarlo con deferente desdén. Él pensaba que Leo desvariaba o chocheaba ya, pero sobre todo estaba convencido de que bebía más de la cuenta. Sin embargo, nunca se había parado a calibrar o a pensar en las razones que motivaban la conducta de su capitán. Para él, Madwin era una especie de viejo fósil, uno de los escasos y últimos sobrevivientes de aquellas generaciones que en los últimos decenios no cesaron de cometer locura tras locura.

La campaña de pacificación del Sistema Circonx era la muestra más flagrante. Y también los acuerdos que se firmaron por ambas partes para que se restableciera la paz en toda la federación galáctica, conviviendo en adelante unos pueblos con otros.

Pero, en lo que respectaba a la persona de Leo Madwin sus locuras eran más variadas y extensas.

La primera y más grave de todas era haber rechazado el ascenso a cambio de un reenganche en el ejército federal.

Leo había dicho que prefería la libertad y no firmó la renovación de su contrato, gastándose luego la mitad de su paga en la adquisición del *Pandora* y despilfarrando la otra mitad en jugo de algas y en mujeres de carne y hueso,

desdeñando a las bien programadas robots.

Otra de sus locuras era arriesgar créditos en cantidad jugando contra telépatas circonios, que podían desplumarle impunemente al poder leer sus pensamientos en su cerebro con la misma facilidad que si se tratara de fichas magnéticas.

Y ahora, para colmo, estaba aquella última locura.

Una locura que podía ser la definitiva.

Leo Madwin había desestimado consejos y órdenes recibidas para marchar en pos de los ladrones de VOEH, que contaban con un crucero de combate, bien armado, en tanto que ellos sólo podían defenderse, y aun eso mientras los otros no encontrasen la manera de desarticular sus barreras de protección.

El teniente Jogn había cambiado de actitud respecto a Leo desde que, a su lado, asistió al asalto del transporte federal y pudo comprobar cuánta era su experiencia.

Su actitud ahora era deferente.

El respetaba al capitán Madwin.

Sí, Silesis llegaba incluso a admirar a aquel voluntarioso y empedernido aventurero que parecía enmohecer durante las pacíficas épocas de calma, pero que volvía a ser él mismo en cuanto aparecía un posible peligro en lontananza.

La diferencia estribaba en que ahora el peligro no sólo era posible y estaba lejos, sino que era real, auténtico y también inminente.

Silesis no estaba preparado para seguir a un hombre así. Él no era ningún cobarde. De eso nada. Pero tampoco estaba loco como Leo Madwin. De eso menos aún.

El teniente se sentía desasosegado e inquieto y se removió en su asiento, lamentando no tener a su lado a la sensual Elsa, la cual, con uno de aquellos masajes suyos tan especiales, con su cuerpo mórbido, podía ayudar a relajarle consiguiendo que luego se sintiera como nuevo y en perfecta forma.

«Elsa es el perfecto reposo del guerrero —pensó y, sin

darse cuenta, exhaló un suspiro—. ¡Lástima, no la tengo a mi alcance ahora!»

Leo Madwin oyó suspirar a su segundo y se volvió hacia él observándole detenidamente con sus ojos escrutadores.

—No me gustaría pensar que tienes miedo —indicó con voz grave—. Me defraudarías mucho.

—¡No le tengo miedo a nada!

—Eso está bien, pero no hace falta que grites. Todavía no estoy sordo.

Silesis se mordió el labio inferior, molesto de que su capitán hubiera tenido que llamarle la atención. Este seguía observándole y creyó intuir lo que le sucedía.

—¿Estás nervioso? —preguntó sonriente.

—Un poco, sí. No voy a negártelo. Pero se me pasará.

—Quizá te sentirías mejor si pasaras un rato con tu hembra cibernética, tu Elsa-03 —apuntó Leo sin dejar de sonreír.

El teniente le miró de soslayo y murmuró:

—Quizás...

Leo echó una rápida ojeada al panel de control y, volviéndose hacia su segundo, dijo:

—Si te apetece puedes ir un rato a tu cabina para relajarte con tu Elsa-03. Dispones del tiempo suficiente hasta que hayamos salido al otro lado del hiperespacio.

Silesis se puso en pie de un brinco, pero luego, dándose cuenta de que acababa de descubrirse ante su capitán, preguntó:

—¿De veras no me necesitas?

El capitán hizo un gesto negativo al tiempo que decía:

—Naturalmente. Conozco tan bien este trasto que podría manejarlo incluso durmiendo. Vete tranquilo —añadió con una amplia sonrisa—. Ya te avisaré cuando me hagas falta.

Silesis retrocedió hasta la puerta de la cabina de mandos,

pero antes de cruzar el umbral inquirió:

—¿No necesitas nada?

Leo frunció el entrecejo. Luego, como si hubiera meditado la decisión que acababa de tomar, respondió:

—También a mí me gustaría entretener un poco la espera. Mándame a Shulaiz, mi protegida.

—De acuerdo. Ahora mismo te la envío.

—Gracias... ¡y que aproveche!

—Lo mismo digo, capitán.

Silesis abandonó la cabina y pasó por la del capitán, en donde la joven xictonia aguardaba con mansedumbre a que su protector la reclamase o fuera a pasar un rato con ella.

—Ve a la cabina de mando —le dijo el teniente Jogn—, Mi jefe te está aguardando. Necesita de ti.

Ella sonrió y no se lo hizo repetir dos veces. Salió del compartimento sin fijarse en que Silesis iba al suyo propio donde le aguardaban los brazos abiertos y el cuerpo sensual de Elsa, a la que Leo Madwin seguía tomando por un robot.

* * *

La negrura más completa, absoluta e intensa, rodeaba por entero al *Pandora*.

La oscuridad no parecía tener límites.

No existía ni la más remota señal de luz. Ninguna forma de luminosidad, por leve que pudiera desearse.

Sólo negror.

Aquél era el hiperespacio.

El *Pandora* estaba surcando el espacio negro, atravesándolo, conducido por las manos diestras y avezadas del capitán Leo Madwin, que estaba decidido a perseguir a los ladrones del VOEH hasta el último confín del universo.

Ahora ya no se trataba solamente de ganar una recompensa, aunque ésta pudiese alcanzar los ciento

veinticinco millones de créditos, de los que una mitad sería para él y la otra mitad para aquel pasmarote de Silesis Jogn.

Ahora mediaba una circunstancia personal.

Cuando los tripulantes del crucero atacaron al *Pandora* no sólo habían agredido a la astronave de transporte, que por tanto sabían indefensa, sino que le habían atacado a él.

¡A él! ¡A Leo Madwin!

Esta era una de aquellas cosas que Leo no aceptaba de nada ni de nadie. Y menos aún de quienes sospechaba que eran veteranos de la ya conclusa campaña de pacificación de Circonx.

La manera en que había sido preparado el asalto al transporte federal, el desarrollo de éste y la forma en que combatieron a las dos patrulleras especiales, bastaban para indicarle que se los había con hombres avezados a luchar.

Leo Madwin estaba casi convencido de que iba a tener que vérselas con quienes pudieron ser sus camaradas o sus amigos durante aquella maldita y asquerosa guerra.

Pero si él no había olvidado a sus compañeros de entonces y siempre le pareció grato volver a encontrarlos para emborracharse juntos, ¿por qué estos puercos se habían atrevido a atacarle?

Esta era, precisamente, la pregunta que más le molestaba, la que le dolía en su carne y en su orgullo.

—Eso no se le hace a un veterano que ha pasado por lo mismo que vosotros —rezongó entre dientes—. No, señor. Eso no se hace... Y vosotros tenéis que saber que está muy mal, por lo que no podrá extrañaros que tengáis que pagar las consecuencias. Tendréis que apechugar con ellas. ¡Palabra de honor que lo haréis!

Abstraído en sus pensamientos y concentrado en la tarea de conducir el *Pandora* en el salto por el hiperespacio, Leo Madwin ni se fijó en el rostro expectante de Shulaiz, la cual, sentada a su lado, una vez concluida su misión de saciar su

deseo, le escuchaba entre pasmada y asustada.

La mujer empezaba a temer por su seguridad, ahora que sabía ya que el *Pandora* iba a vigilar a un crucero de combate para señalar su posición a la flota de la federación.

«Me parece que he saltado de la cazuela para caer en las brasas —pensó atemorizada—. Quizá me habría valido más seguir tranquilamente en Xicton vendiéndome a cuantos asomasen la nariz por el astropuerto. Lo seguiría pasando mal, eso desde luego, pero por lo menos continuaría con vida, mientras que ahora...»

Ajeno a los pensamientos y a la observación de que estaba siendo objeto por parte de la joven xictonia, el capitán Madwin seguía con su monólogo:

—... Ya no se trata sólo de recuperar el VOEH para la federación y embolsarnos Jogn y yo los ciento veinticinco millones de créditos, dando así por concluido el asunto. Ahora no me conformo con tan poco. Quiero más. ¡Muchísimo más!

Y, con odio reconcentrado, apretando los labios para dejar que las palabras silbasen como el aliento de un reptil terrestre, el capitán Madwin agregó:

—Ahora necesito vuestras vidas..., mataros. ¡Y os juro que no descansaré hasta daros muerte a todos!

Apenas acababa de formular aquel juramento cuando un fuerte impulso pareció arrancar al *Pandora* del lugar en que se encontraba, zarandeando la astronave de transporte igual que si hubiese entrado en un remolino que la absorbiese mediante una succión fortísima. Leo se sujetó a los mandos y gritó:

—¡Corre, Shulaiz! ¡Llama al teniente Jogn por el intercomunicador! ¡Dile que venga en seguida a la cabina de mando! ¡Voy a necesitarlo muy pronto!

Ella obedeció con prontitud, en tanto que Leo continuaba dando voces:

—¡Vamos a salir del hiperespacio de un momento a otro!

¡Corre, Jogn, corre! ¡Cuando salgamos de este agujero negro quedaremos por unos instantes a merced de esa gentuza!

Silesis penetró en la cabina de mandos a tiempo de oírle gritar nuevas órdenes:

—¡Disponlo todo para establecer las barreras de protección lo más de prisa que puedas!

El teniente se instaló en su puesto, apartando de un empujón a la atemorizada Shulaiz, que se encogió en un rincón de la cabina de mandos como un animalillo asustadizo e indefenso.

Leo Madwin, con ambas manos aferradas al volante de dirección, aguardó a que el teniente Jogn se hubiese abrochado los cinturones de seguridad y efectuado las comprobaciones de rigor.

—¿Todo en orden, Silesis? —le preguntó al cabo.

—Sí, capitán. Todo a punto.

Los ojos de Leo brillaban cuando, a su vez, efectuó una última verificación, repasando con la mirada los indicadores del panel de control. Luego, sin volverse hacia su segundo, con voz súbitamente enronquecida, inquirió:

—¿Dispuesto, Silesis?

El teniente Jogn respondió haciendo un gesto afirmativo con la cabeza al tiempo que en tono un tanto apagado, exclamaba:

—¡Dispuesto, capitán!

—Bien…, en ese caso… ¡Salgamos y que la suerte nos acompañe hasta el final!

Al tiempo que pronunciaba aquellas palabras, Leo Madwin las acompañó con un gesto decidido empujando el volante direccional hacia delante.

En medio de un poderoso fragor, simultaneado por fuertes vibraciones, el *Pandora* pareció brincar dentro de la profunda oscuridad que lo envolvía.

Por breves momentos, la astronave se asemejó a un

onagro salvaje, que a base de rabiosos saltos y contorsiones tratara de recobrar su libertad. Leo Madwin continuó aferrado al volante direccional, tensos todos los músculos de su cuerpo, sujetando aquél hasta parecer que ambos formaban un todo unido.

El capitán actuaba con la astronave igual que podría hacerlo un desbravador de potros haciendo tascar el freno a un mustango salvaje.

Las fuertes sacudidas que sufría la nave parecía que pudiesen desarbolarla, destrozarla, reducirla a un amasijo metálico...

Leo Madwin había pasado ya por circunstancias semejantes y estaba seguro que el *Pandora* resistiría.

Y, en efecto, así sucedió.

Tras una última y tremenda sacudida, la astronave recobró su anterior estabilidad.

—¡Ya salimos de este cochino agujero negro! —gritó Silesis con entusiasmo al ver el primer rayo de luz.

—¡Sí! — exclamó a su vez el capitán—, ¡Ya estamos abandonando el hiperespacio!

Así era, efectivamente.

El *Pandora* había dejado de estar sumergido en aquel mar de sombras y de negrura para salir a la luz de un espacio libre, en el que brillaban maravillosos dos soles gemelos.

Pero en ese espacio no iban a estar solos.

Aguardando al *Pandora*, igual que una fiera al acecho de su presa, en una órbita estable, permanecía el crucero de combate que, por expreso deseo de su capitán ostentaba el significativo nombre de *Thanatos*, el nombre de la muerte.

La presencia del enemigo fue descubierta inmediatamente por Leo, que vociferó:

—¡Atento a la maniobra, Silesis! ¡Procede en seguida al establecimiento de las barreras de protección!

Mientras trataba de cumplir la orden de su capitán,

Silesis Jogn alcanzó a leer el nombre que aparecía pintado en el fuselaje de las astronave adversaria.

El teniente Jogn se estremeció al tiempo que palidecía.

—Thanatos... —murmuró—. Ese es el destino a cuyo encuentro hemos venido: ¡la muerte!

Como si fuera un eco a aquel pensamiento depresivo, el más hábil de los bombarderos de la pasada guerra de pacificación de Circonx, aquel veterano que respondía al nombre de Womait, disparó una andanada apuntando al centro mismo del *Pandora*.

Una andanada que, de alcanzar a la astronave de transporte, representaría su inmediata y total destrucción.

El teniente Jogn vio brotar el ominoso destello en el crucero enemigo y sintió que un sudor frío bañaba todo su cuerpo.

Si llegaba a producirse el impacto no tendrían salvación posible. Todos los ocupantes del *Pandora* resultarían aniquilados, pulverizados...

El moriría, y también su adorada Elsa.

Al teniente Jogn no le importaba tanto la muerte más que en función de la suerte que corriese Elsa, en tanto que la perdiese a ella, la mujer que amaba.

Con gesto instintivo, Silesis giró el rostro y miró a su capitán con odio.

Leo Madwin permanecía en su puesto, impasible en apariencia, observando con ojo avizor la trayectoria de la andanada que acababa de ser disparada desde el Thanatos, calculando mentalmente sus posibilidades de maniobra para eludir el mortífero impacto.

«Si al menos pudiesen entrar ya en acción las barreras de protección —pensó angustiado Silesis, aun a sabiendas de que aquélla era una posibilidad más que remota—. Entonces todavía tendríamos alguna probabilidad de salvarnos.»

Pero las barreras protectoras no entrarían en función en

torno al *Pandora* hasta que transcurriesen por lo menos siete minutos.

Siete minutos…

Un tiempo extremadamente corto, pero que en aquella ocasión y en tales circunstancias, resultaba demasiado largo.

Para los ocupantes del *Pandora* aquellos siete minutos habían de parecerles más prolongados que siete siglos, o que siete milenios.

¡Casi una eternidad!

CAPÍTULO VI

Retrepado en su asiento, con todos los músculos y nervios de su cuerpo en máxima tensión, Leo Madwin permanecía inmóvil y expectante. Tenía la mano derecha apoyada en el dispositivo que accionaba el regulador electrónico, y la izquierda aferrada a la palanca liberadora de la fuerza motriz.

Estaba dispuesto para entrar en acción inmediatamente.

En décimas de segundo, el capitán calculó la exacta trayectoria de la andanada enemiga.

«Tanto ellos como yo sabemos que no es difícil eludir ese impacto —pensó concentrado—. Eso significa que se han guardado un as en la manga… ¿Cuál?»

Aquél era el motivo de la preocupación de Leo Madwin.

El capitán sabía que bastaba imprimir aceleración a su nave para escapar a la andanada. Pero…

¿Y después?

Leo sonrió al comprender, o imaginar que había

adivinado cuál sería el siguiente paso del enemigo.

«Esperan que acelere y avance en línea recta.»

Frunciendo el entrecejo valoró la posibilidad y la sonrisa de sus labios se transformó en una mueca.

«Al acelerar no podré variar el rumbo y entonces sí que me tendrán a su merced… ¡Condenados piratas!»

El capitán Madwin estaba seguro ya de haber descubierto el plan de ataque del enemigo.

«Deben imaginar que se las tienen con un piloto de las últimas hornadas, de los de la nueva generación. No se imaginan que tienen ante ellos a un veterano… ¡Estúpidos…! A otro cualquiera le atraparían y cazarían como a un conejo, pero eso no vale conmigo. Yo soy de otro tiempo y de muy distinto calibre.»

Leo giró levemente el rostro y miró de soslayo a su segundo. Sonrió compasivo.

«¡Qué mal rato está pasando el pobre! —pensó un tanto divertido también—. Seguro que me está echando todas las culpas porque cree que esos de enfrente nos van a liquidar y que dejará de vivir y de disfrutar de su Elsa-03… Por cierto, hay algo en ésta que me hace pensar no es un modelo puramente cibernético. Tal vez sea una androide… Cuando tenga oportunidad le diré a Silesis que me lo aclare. La encuentro algo rara…»

En el panel de control vio que la andanada estaba ya a mitad de trayectoria.

—No puedo perder más tiempo… —murmuró accionando ya el regulador electrónico.

Al oírle, Silesis preguntó:

—¿Podremos escapar?

—Por lo menos lo intentaremos, muchacho. Eso puedes tenerlo por seguro.

—¿A qué espera para acelerar? ¡Aún estamos a tiempo!

—Sí…, a tiempo de escapar a la primera andanada y ser

un blanco seguro para las siguientes.

—Pero yo…

—¡Calla y déjame hacer! —ordenó Leo tajante—. De estas cosas entiendo mucho más que tú.

El capitán Madwin realizó entonces dos acciones simultáneas. La primera consistió en liberar la fuerza motriz, pero sin imprimir ninguna aceleración a su nave. La segunda fue efectuar un rápido viraje, que le situó de proa hacia los dos soles gemelos.

—¿Por qué no has acelerado? —rugió Silesis—. Así continuamos a tiro del enemigo.

—¿Lo habrías hecho tú?

—¡Naturalmente!

El capitán rio entre dientes, socarrón, y señaló a la pantalla diciendo:

—Bien, en ese caso… ¡Mira con lo que te habrías encontrado al acelerar en línea recta!

Silesis obedeció y un sudor frío bañó su frente.

Con sólo escasos segundos de diferencia, del crucero enemigo habían disparado dos andanadas más, escalonadas y dirigidas al sector en que se habría encontrado el *Pandora*, en el supuesto de que su capitán hubiese procedido a realizar la maniobra de aceleración reclamada por su segundo.

Leo se puso a reír a mandíbula batiente mientras señalaba las estelas dejadas por aquellas nuevas andanadas.

—Esas no nos alcanzarán, Silesis. Ni la otra tampoco, claro está.

—No acabo de comprender… —empezó a decir el teniente—. Si esperaba eso, ¿por qué no viró antes?

—¿Y dejar que ellos lo hicieran a su vez y continuasen la caza…? No, amiguito. Si obré como lo hice fue para que se confiasen y para ganar tiempo, que es precisamente lo que estamos necesitando. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, creo que sí.

Leo le sonrió amistoso.

—Tranquilo, muchacho. A mi lado aprenderás muchas más cosas de las que te imaginas. Tú sabes mucho de teoría, pero te falta la práctica que a mí me sobra.

Sin salir todavía de su asombro, con ojos un tanto desorbitados por el temor debido a los momentos angustiosos que acababa de vivir, el teniente Jogn vio los centelleos ominosos de las nuevas andanadas y, al mismo tiempo, escuchó la voz desafiante de su jefe que se dirigía a los tripulantes del Thanatos.

—¡Esto es para que aprendáis con quien os la habéis! ¡Pedazos de inútiles!

Sin dejar de reír, Leo rectificó ligeramente el rumbo de su nave situando el *Pandora* de forma y manera que se estabilizó en órbita entre los dos soles gemelos, que quedaron a popa.

—No es una situación muy cómoda —rezongó el capitán —, y pasaremos un poco de calor, pero es preferible eso a que esos tipos nos hubiesen achicharrado con sus andanadas.

Sudando por todos los poros de su piel, Silesis observó cómo las tres andanadas disparadas desde el Thanatos se perdían en la inmensidad del espacio.

Ninguna de ellas había alcanzado el blanco.

Apoderándose del intercomunicador, Leo Madwin abrió todos los canales de transmisión, esperando que los ocupantes del Thanatos pudiesen escucharle.

A. continuación, el capitán se puso a reír a carcajada limpia, burlándose de sus enemigos a sabiendas de que aquella risa suya había de enfurecerles al máximo.

Y las carcajadas de Leo aumentaron en intensidad cuando el ya tranquilizado Silesis le anunció con voz entrecortada:

—Capitán, las barreras de protección están entrando en funcionamiento..., podremos resistir... ¡Estamos salvados!

Leo soltó una estruendosa risotada y, cuando se hubo calmado, gritó despreciativo:

—Sois unos cochinos aprendices para meteros con un tipo listo como yo. Tenéis que vaciar todavía muchos jarros de jugo de algas para que podáis con hombres de pelo en pecho. ¿Os estáis enterando, mequetrefes…?

El capitán volvió otra vez a sus risotadas, que interrumpió para continuar con su discurso de desafío.

—Reconozco que tenéis unas pocas agallas, pero hasta ahora no os las habéis tenido con naves de guerra. ¡Otra cosa sería si mi nave fuese también un crucero de combate. Entonces os habría hecho pedazos mucho antes de que llegarais a entrar en el hiperespacio! Pero no os preocupéis por eso…

Leo Madwin calló unos instantes para volver a reír y sólo cuando se le terminó su provisión de carcajadas continuó desafiando a aquel enemigo cuya identidad ignoraba.

—…Os garantizo que tendré la satisfacción de ver cómo otros os destruyen.

El tono de voz de Leo se hizo metálico y ominoso.

—Para que os vayáis enterando os diré que me tendréis siempre muy cerca de vosotros, quizá demasiado para vuestro gusto, pero eso no tiene remedio. Lo que os satisface a vosotros no puede satisfacerme a mí, y viceversa.

Leo habló entonces en lo que parecía un susurro, como si hiciera una confidencia.

—No puedo atacaros y lo sabéis de sobra. Unas leyes estúpidas impiden que tenga armas ofensivas a bordo de mi nave, pero me queda el recurso de ir transmitiendo nuestras posiciones a la flota de la federación para que os alcancen y os reduzcan a cenizas… ¡Y yo me daré el gustazo de verlo!

Y Leo Madwin volvió a reír a carcajadas.

* * *

—¡Y lo hará! ¡Maldito sea! —bramó el capitán Lars golpeando con su puño el brazo de su sillón.

El obeso Rodhiz se giró hacia él mirándole preocupado.

—¿Le conoces?

Jory Lars asintió con un gesto de cabeza. Y dijo:

—Le conozco casi tanto como su propia madre. ¡Condenado Madwin! Y te aseguro que es un tipo cabezota, de esos que cuando se les mete algo entre ceja y ceja no paran hasta conseguirlo.

Womait terció en la conversación.

—¿No crees que podríamos tratar de abrir una brecha en sus barreras de protección?

—Acerca de eso tú tienes la palabra —replicó Lars—. Tú eres el especialista.

El pequeñajo BJ que hasta entonces había permanecí lo silencioso, se encaró con el bombardero.

—¿Qué dices a eso, Womait? ¿Lo crees posible?

El interpelado se encogió de hombros.

—Depende de muchas cosas y no puedo estar seguro, pero de todos modos, dadas las circunstancias, creo que habría que intentarlo. Si ese entrometido hace lo que dice, los de la federación no tardarán en aparecer por aquí y nosotros no tendremos escapatoria posible.

El esquelético Huds intervino a su vez.

—¿Y si volviésemos otra vez al hiperespacio? Quizá luego no nos encontrase...

Jory Lars movió la cabeza en sentido negativo.

—Dudo que eso sirviese.

—¿Por qué no? —insistió Huds.

—Porque conozco a mi hombre y sé que nos seguiría. ¡Ese maldito no abandonará el hueso que cree podrá roer!

El obeso Rodhiz se acarició la panza y lanzó una insinuación que sorprendió a los demás miembros de la

banda.

—Creo que estáis olvidando algo.

Jory se giró hacia él.

—¿A qué te refieres?

—A los motivos que puede tener ese Madwin para acosarnos de este modo. Él no sabe quiénes somos, pero es de suponer que sí sabe que nos hemos apoderado de un valioso cargamento de VOEH. ¿No creéis que debe atraerle ganar la recompensa?

Un silencio casi palpable acogió sus palabras. El rostro pecoso del gordinflón se iluminó cuando prosiguió:

—Yo pienso que ésa puede ser una buena razón. Si no me equivoco, la federación ofrece el diez por ciento del valor de la mercancía recuperada. En este caso se trata de ciento veinticinco millones de créditos. ¿No es eso?

—Sí, poco más o menos —rezongó BJ.

—Bien, dejémoslo en esa cifra —manifestó Rodhiz, preguntando a continuación—: ¿Qué diría cualquiera de nosotros si se nos ofreciera el doble de esa cantidad, doscientos cincuenta millones de créditos, sin necesidad de correr ningún riesgo y limitándose a comunicar que había perdido de vista a los ladrones?

El controlador del Thanatos hizo una pausa efectista mientras observaba las caras de sus compinches, que parecían estar digiriendo sus palabras.

La respuesta que obtuvo Rodhiz fue unánime y afirmativa. Todos y cada uno de los presentes estaría dispuesto a aceptar un trato en esas condiciones.

—Eso es, precisamente —dijo el controlador—, lo que yo esperaba oír de vosotros.

—¡Un momento!

Rodhiz se volvió hacia el escuálido Huds, que era quien había lanzado aquella exclamación.

—¿Tienes algo que oponer? —le preguntó.

—En principio estoy de acuerdo, pero convendréis conmigo que eso reducirá nuestras partes. Y eso no acaba de gustarme.

Una sonrisa irónica se dibujó en la cara plácida del pecoso Rodhiz, que se apresuró a aclarar:

—No creo haber dicho que tengamos que desprendernos de esos créditos. Hasta el momento sólo hablé de hacerle a ese Madwin una proposición. Sólo eso.

—¿Pretendes engañarle? —inquirió Jory Lars con el ceño fruncido, como si le molestara aquella idea.

Rodhiz se limitó a encogerse de hombros.

—Por lo visto crees que Madwin es un ingenuo —insistió Lars—. Y de eso no tiene nada. Puedo asegurártelo porque pasé bastante tiempo a su lado. Ambos estuvimos juntos en momentos muy difíciles, en la escuadrilla del comandante Rimm, y sé bien lo que me digo. No se tragará fácilmente el anzuelo, si es eso lo que pretendes.

El controlador hizo un gesto de impaciencia y respondió con brusquedad:

—Lo que yo pretendo es salir de este lío lo mejor que podamos... y también del modo más barato posible.

Y, encarándose con su jefe, Rodhiz añadió:

—Ya que vosotros dos fuisteis compañeros de armas y servisteis en la misma escuadrilla durante la pasada campaña de Circonx, nadie mejor que tú para establecer contacto con él y negociar un acuerdo. Quizá si le haces tú mismo unas proposiciones resulte más fácil conseguir que se avenga a razones.

—No sé..., Leo Madwin era un tipo raro y dudo mucho que haya cambiado con el paso del tiempo —murmuró Jory Lars, que no parecía ver del todo claro aquel asunto.

El escuchimizado Huds se apresuró a intervenir.

—Rodhiz tiene razón —declaró con su voz chillona—. Tenemos que intentarlo y si tú puedes hacer valer vuestra

antigua camaradería hay más posibilidades de que la cosa funcione.

Jory Lars miró a los demás tratando de averiguar lo que estaban pensando. Womait hizo inmediatamente un gesto afirmativo con la cabeza. En cuanto a BJ casi pareció que se ponía de puntillas para manifestar su conformidad.

—Bueno… —dijo a regañadientes el capitán Lars—, En vista de que todos estáis de acuerdo… ¡Lo intentaré!

A continuación, Jory Lars se instaló en su puesto y ordenó a los demás que volvieran a los suyos respectivos.

—Procederé a acercarnos con el Thanatos a la nave de Madwin a fin de evitar interferencias.

Jory Lars accionó los mandos para modificar el rumbo del Thanatos, que se puso en movimiento siguiendo la nueva trayectoria señalada por el capitán, el cual, en tanto que los otros volvían a sus puestos en la astronave de guerra, oyó como Rodhiz le hablaba en voz baja al bombardero.

—Aguarda un momento, Womait.

—¿Qué quieres?

—Hacerte una recomendación.

——¿Cuál?

—Simplemente, que no estará de más que calcules qué se necesitaría para destrozar las defensas del *Pandora*.

—Pero… ahora vamos a intentar llegar a un acuerdo con sus ocupantes. ¿No es así?

El obeso Rodhiz asintió con un gesto.

—Sí, claro, pero tú mismo acabas de decir que intentaremos hacer un pacto, pero… ¿y si no lo conseguimos?

—¿Crees que ese tal Madwin no aceptará el fortunón que le ofrecerá Jory en nombre de todos nosotros?

—Ni creo ni dejo de creer, pero considero que no está de más que se tomen medidas… por si acaso.

Womait clavó sus ojos en el rostro bonachón pero

engañoso de Rodhiz y, un tanto receloso, inquirió:

—¿Qué supones que puede ocurrir?

—La verdad es que no lo sé —dijo el gordinflón en tono displicente—, pero no hay que olvidar lo que nos dijo antes el propio Lars respecto a su camarada de armas. Según él se trata de un hueso duro de roer. ¿Te acuerdas?

—Sí…

—Por eso yo creo que mientras se inicia el diálogo para llegar a un posible acuerdo conviene que tengamos prevista la posibilidad de que éste no se produzca y nos veamos obligados a hacer uso de la fuerza. Y, para eso, lo primero que necesitamos saber es qué nos costaría destruir la barrera de protección del *Pandora*, o abrir una brecha en ella para luego aniquilar la astronave.

Womait recapacitó unos breves segundos. Luego dijo:

—De acuerdo, Rodhiz. Aprovecharé el tiempo para hacer los cálculos que pides.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en los grasientos labios del controlador, que se apresuró a agregar:

—Al mismo tiempo tampoco estará de más que lo dispongas todo por si llegara el momento de tener que actuar con rapidez.

—Bien. También lo haré.

Considerando que ya estaba todo dicho entre ellos, Womait iba a marcharse para ocupar su puesto, cuando el astuto Rodhiz le sujetó por el codo.

—Una cosa más, camarada.

—¿Qué?

Rodhiz giró levemente el rostro para mirar a hurtadillas al capitán, que parecía entregado por entero a la tarea de conducir la nave y no estar atento a lo que ellos hablaban.

—De todo esto ni una sola palabra a Lars —añadió el controlador encarándose nuevamente con Womait.

—¿Por qué no? Le elegimos jefe de la operación…

Una sonrisa sibilina se dibujó en los labios húmedos y babeantes de Rodhiz, que agitó su diestra morcillona en el aire mientras respondía:

—Verás, Womait… No hay que olvidar que él y ese tal Madwin fueron compañeros en la misma escuadrilla. Esas cosas suelen ligar a los tipos sentimentales como Jory. Y éste no me negarás que tiene a veces reacciones muy extravagantes. ¿Quién puede garantizarnos que en el último momento no cambie de opinión y nos pegue un susto? Yo, la verdad sea dicha, no quisiera tener ninguna sorpresa desagradable y por eso considero preferible extremar todas las precauciones. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Womait frunció el entrecejo y quedó ensimismado durante décimas de segundo, como si digiriera las palabras que el otro acababa de lanzar sobre él como una andanada. Luego, reaccionando al fin, respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

—De acuerdo —dijo—. No le diré nada a Jory.

El controlador sonrió ampliamente y su gordezuela mano aflojó la presión en el codo de Womait, dejándole marchar.

El capitán Lars continuó en la misma actitud que hasta entonces, absteniéndose de hacer el menor comentario sobre la conversación que acababa de escuchar. Su rostro pétreo permaneció impasible, pero él se había puesto ya en guardia, comprendiendo que en aquel condenado gordinflón tenía un peligroso enemigo.

«Ese maldito Rodhiz es de los que eliminan a cualquiera para no tener que repartir con él —pensó para su capote—, y me parece capaz de vender a su propia medre por un puñado de créditos. ¡De qué no será capaz por varios millones!»

La necesidad de dirigir la astronave de guerra hasta situarla a corta distancia del *Pandora* sin peligro de colisión, hizo que el capitán Lars dejase a un lado aquellos enervantes pensamientos y se centrara en la ejecución de la maniobra.

Sin embargo, mientras avanzaba al encuentro de la nave capitaneada por su antiguo camarada, Jory Lars no pudo evitar el recuerdo de unos tiempos que pudieron ser muy difíciles pero en los cuales existía un compañerismo a toda prueba.

«No sé lo que haría Leo de estar en mi puesto —pensó para sí, mientras sus labios se curvaban en una mueca de disgusto—, pero lo que sí sé es que no me gusta ni pizca lo que Rodhiz y los otros me obligan a hacer a mí.»

CAPÍTULO VII

Al iniciar Jory Lars el contacto oral con el *Pandora*, Leo Madwin reconoció en seguida la voz de su antiguo camarada de la escuadrilla Rimm. No fue preciso que aquél se identificara para saber de quién se trataba.

—Ahorra presentaciones, Jory —atajó el capitán del *Pandora* cuando el otro trató de convencerle de quién era—. He escuchado tu voz tantas veces que la reconocería aunque estuvieses cantando en un coro de Karzasios. ¿Qué quieres?

—Tú siempre vas directo al grano…

—No me gusta perder el tiempo. Ya lo sabes.

—Hablando conmigo no vas a perderlo. Al contrario, Leo. Puedes ganar una fortuna.

—Ahorra palabras y desembucha de una vez.

Al soltar aquella parrafada, Leo Madwin creyó adivinar lo que su ex camarada pretendía y, ni corto ni perezoso, abrió los canales internos de comunicación, dándole toda la potencia al amplificador, para que la conversación que iba a sostener pudiera ser escuchada por los demás ocupantes del *Pandora*.

Jory Lars había tomado otra vez la palabra.

—Creo que no ignoras cuál es el cargamento del que nos apoderamos al asaltar aquel transporte federal cerca de Erstam…

—Sí, Jory. Lo sé. Es un cargamento de VOEH.

—¿Sabes también en cuánto está valorado?

—Si no me equivoco, en mil doscientos cincuenta millones de crédito. ¿Correcto?

—Correcto, Leo. Y eso me hace pensar que al acosarnos tratas de ganar la recompensa del diez por ciento que ofrece la federación si se recupera la mercancía. ¿No es así?

—Así es, en efecto.

—¿Te das cuenta de que para ganar la recompensa es preciso recuperar la mercancía?

—Claro.

—¿Y crees que si nos ataca la flota no nos resistiremos?

—Eso es cuenta vuestra, porque en caso de resistiros os desharán como pan de grasa expuesto al sol.

—Sí, pero entonces... ¡adiós VOEH y adiós recompensa!

Jory Lars dejó escapar una risita, que creyó influiría en la mente de su antiguo camarada, obligándole a reconsiderar la situación y ver el asunto desde otro ángulo.

—Te has quedado callado, Leo. ¿Es que ya te has dado cuenta de que entonces no te pagarían ni un mal crédito a pesar de cuanto te has expuesto para conseguirlo?

—¡Sí! ¡Maldita sea! ¡Me doy cuenta!

Entonces Jory Lars volvió a la carga.

—Lo que yo te ofrezco es más seguro..., y el doble de créditos. ¿No crees que vale la pena pensarlo?

—Yo...

La voz de Leo Madwin se interrumpió.

La causa era que en la cabina de mandos acababa de entrar su segundo, Silesis Jogn, pero a bordo del *Thanatos* sus tripulantes pensaron que él, ante aquella perspectiva, estaba considerando la posibilidad de aceptar su propuesta.

El teniente John miró a su jefe con firmeza y dijo:

—No aceptes. Aunque nos quedemos sin recompensa. Prefiero seguir siendo un simple oficial mercante que un traidor acaudalado.

Leo, que al verle entrar había tenido la precaución de cerrar el intercomunicador, esbozó una sonrisa burlona diciendo a continuación con tono sarcástico:

—No temas, muchacho. Yo no soy de los que se venden, ni por esos créditos ni por cien veces más. Y ahora calla.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió el teniente John al ver que se disponía a restablecer la comunicación con el Thanatos.

—Les seguiré el juego mientras pueda.

—¿Para qué?

—Todavía continuamos en las mismas coordenadas que transmití la última vez a la base de Erstam. La flota de la federación ya no puede tardar en aparecer y entonces esos tipos pagarán por lo que han hecho. Sólo es cuestión de ganar un poco más de tiempo.

Después de hacer una seña imperativa, para que guardase silencio, Leo volvió a establecer contacto con el Thanatos.

—¿Estás a la escucha, Jory?

—Naturalmente y aguardo tu respuesta.

—¿Qué garantías me das de que cumplirás lo que prometes? No puedo aceptar una demora en el pago...

—Lo comprendo. Espera un instante y te diré de qué manera podemos efectuar la transacción.

Entonces fue Jory Lars quien cerró la comunicación con el *Pandora*, en cuya cabina de mandos Leo dirigió una sonrisa de triunfo a su segundo.

—¿Lo ves? Ahora son ellos los que van a discutir el cómo y el cuándo... Y mientras el tiempo sigue corriendo..., ¡corriendo a nuestro favor!

* * *

—Ya os dije que Leo Madwin no es de los que muerden fácilmente un anzuelo, aunque, como en éste, haya muy buena carnada. Hemos de pagarle su parte de antemano o no habrá trato.

BJ se rascó el cogote mientras trataba de pensar. También el escuchimizado Huds se removía inquieto, sin saber qué contestar, porque a él le dolía tener que desprenderse de una parte de los créditos del botín.

Sólo el capitán Lars permanecía tranquilo, en apariencia, aunque no le quitó ojo al obeso Rodhiz cuando éste habló en susurros con el bombardero.

«Estará preguntándole si ya tiene hechos los cálculos para abrir una brecha..., o si lo ha dispuesto todo para atacar en caso de necesidad. ¡El muy cerdo!»

La conversación entre Womait y el controlador había durado escasos minutos y ya éste se encaraba con su capitán para, en tono melifluo, hacerle una proposición:

—Womait y yo pensamos que habría una forma de pagar a los del *Pandora* sin que se produjeran complicaciones.

—Explícate.

—Es muy sencilla —dijo Rodhiz, señalando a un gráfico que mostró a su jefe—. Fíjate en ese planetoide situado entre nuestra órbita y la del *Pandora*.

—Lo veo. ¿Y qué pasa con él?

Los gordezuelos labios de Rodhiz esbozaron una mueca que tenía un lejano parecido con una sonrisa obsequiosa.

—Nosotros enviaríamos la nave auxiliar con la correspondiente carga de VOEH y ellos harían lo propio con la suya para recogerla. Después cada cual regresaría a su respectiva astronave y mientras nosotros nos alejábamos para cruzar otra vez el hiperespacio, Madwin se quedaría aquí para explicar a los de la flota de la FG que nos había perdido la pista. Así, cuando éstos quisieran seguimos los pasos estaríamos completamente fuera de su alcance.

—Es un buen plan... —dijo Lars—. Lo admito. Sólo falta un detalle. ¿Quién de nosotros irá en la nave auxiliar?

—Uno tienes que ser tú, naturalmente —indicó sibilino Rodhiz—. Por algo ese Madwin es en ti en quien confía. En cuanto al otro, por razones de peso y de volumen, tendría que ser BJ o bien Huds.

El encargado de las comunicaciones se apresuró a protestar alegando la necesidad de que su servicio tendía que

estar funcionando para evitar que los del Pandera pudiesen traicionarles comunicando a la flota su posición.

—De acuerdo —dijo BJ después de oírles—. Iré con el capitán…, aunque presiento que voy a achicharrarme en ese cochino planetoide tan próximo a los dos soles.

Jory Lars no las tenía todas consigo, especialmente después de haber visto la mirada de inteligencia que habían cruzado entre sí Womait y el gordinflón. Giró el rostro hacia el huesudo Huds, que ya se había instalado en su puesto, y comprendió que éste no movería ni un dedo para ayudarle si eso representaba un aumento en su parte del botín.

Encogiéndose de hombros, resignado a lo que ya pensaba era inevitable, Jory emitió un gruñido indicando así su aceptación y pasó a informar del plan a su ex compañero de la escuadrilla Rimm.

Leo Madwin escuchó la propuesta con la máxima atención y, a medida que Lars le explicaba cómo iba a desarrollarse la operación, una sonrisa burlona se hacía más y más amplia en sus labios.

Cuando hubo terminado de hablar, Jory preguntó:

—¿Estás de acuerdo, Leo?

—Sí… en principio.

—¿Qué quieres decir con eso de en principio?

—Sencillamente, que quiero algunos detalles más.

—¿Como cuáles?

—Doy por sobreentendido que en la nave auxiliar irá toda la carga de VOEH que me corresponde… ¿Correcto?

—Desde luego. Y ya se está procediendo a cargarla.

—Bien… Me falta saber quién irá a bordo de esa nave.

—Iremos dos hombres. El oficial de comandos BJ y yo.

—¿Quiénes quedarán a bordo?

—Sólo tres hombres. El controlador Rodhiz, el bombardero Womait y el encargado de comunicaciones Huds.

Leo Madwin no pudo evitar que de su garganta brotase una especie de gruñido. A un hombre tan experimentado como él no se le podía escapar que los tres especialistas que quedaban a bordo del Thanatos se bastaban y sobraban no sólo para conducir la nave de guerra sino también para atacar y destruir al *Pandora* en cuanto se abriese la barrera de protección para dar salida a su nave auxiliar. Sin embargo, a pesar de lo que pensaba no se manifestó disconforme con el plan propuesto.

—De acuerdo, Jorys. Ahora mismo dispondré lo necesario para que salga del *Pandora* la nave auxiliar y se efectúe el encuentro en ese planetoide.

—Hasta entonces, pues, viejo amigo —exclamó el capitán Lars, convencido de que a no tardar mucho le vería en el lugar fijado para la cita.

—Sí..., hasta muy pronto.

Y Leo Madwin calló que él no abandonaría el *Pandora*.

* * *

—No estoy de acuerdo contigo, Leo. Quien debe permanecer en la nave soy yo.

Madwin movió la cabeza negativamente.

—No insistas, Silesis. Tú irás al planetoide y te llevarás a tu Elsa-03 y a mi protegida Shulaiz.

Una expresión de sorpresa se pintó en el rostro del teniente Jogn.

—¿Por qué llevarme a las dos?

—Porque me parece lo más conveniente y así podrás efectuar el trasvase de la mercancía con la mayor rapidez.

—¿Y por qué has de quedarte tú solo en el *Pandora*?

—Por idénticas razones.

Luego, como última razón y de mayor peso, añadió:

—Y también porque en todo esto hay algo que no acaba

de gustarme. Me huele a chamusquina y presiento una encerrona, una trampa, aunque todavía no sepa dónde puede estar. Pero, por eso mismo y porque me fío de mis presentimientos y tengo mucha más experiencia que tú he decidido que las cosas se hagan a mi manera, tal y como te he dicho. ¿Está claro?

—Sí… ¡Clarísimo!

Las palabras afirmativas de Silesis contradecían de modo patente su actitud de duda. Pero, antes de que él pudiese formular ninguna objeción, el capitán Madwin agregó:

—Además, como no me gustaría que esos del *Thanatos* nos pillen desde el principio en un renuncio, en vez de salir por la parte delantera para ir al planetoide, que sería lo normal, lo haréis por la parte de atrás.

—¿Y eso a santo de qué?

Leo contestó con cierta exasperación, como si le molestara aquella especie de resistencia pasiva en su segundo.

—A santo de que no quiero levantar la barrera de protección por donde ellos pueden lanzarnos una andanada y mandarnos al infierno, haciendo honor al nombrecito ese que le han puesto a su crucero y que me negarás que se las trae. Thanatos… la muerte.

Tras estas palabras, Leo Madwin señaló a la puerta de la cabina de mandos y ordenó:

—Y ahora no pierdas más tiempo con cháchara que no conducen a nada. Ve en busca de Elsa-03 y de Shulaiz. Llévalas a la nave auxiliar y dirígete a ese maldito planetoide de una puñetera vez.

—¿Qué hago si ellas no quieren venir?

Leo enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Te has vuelto loco, Silesis? ¿Desde cuándo un robot no obedece las órdenes de su amo? Elsa-03 irá adonde tú le mandes. Y punto. En cuanto a Shulaiz…, en cuanto le digas que si no obedece la pasaportaré de regreso a su asqueroso

Xicton verás cómo se vuelve más mansa que una cordera.

El teniente Jogn abrió la boca, como si fuera a decir algo más, pero su jefe se le adelantó gritando:

—¡Largo he dicho! ¡Piérdete de vista! ¡Estoy hasta las narices de tenerte aquí!

Luego de semejantes exabruptos, el capitán Madwin le volvió la espalda al desconcertado y apabullado Silesis que giró sobre sus talones, rezongando por lo bajo algo desagradable sobre la actitud tiránica de algunos jefes.

Leo sonrió al oír cómo se cerraba la puerta de la cabina al salir el teniente.

—Ese idiota no se da cuenta de que si mis presentimientos no me fallan lo que he hecho es salvarle la vida, a él, a su Elsa, que desde luego tiene muy poco de robot, y también a esa pobrecilla Shulaiz, a la que más le valdría haberse quedado en su mundo para no tener que pasar por todo esto.

El capitán Madwin rio entre dientes y se puso a silbar el viejo himno de la escuadrilla Rimm, mientras estudiaba la pantalla para descubrir cualquier movimiento del enemigo y quedaba a la escucha por si se producía alguna comunicación de la flota de la FG lo que, en su fuero interno, deseaba sucediera lo antes posible.

CAPÍTULO VIII

La pequeña nave auxiliar del *Pandora* se posó suavemente en la superficie del planetoide. Durante la operación se levantó una fuerte polvareda que parecía integrada por miríadas de partículas metálicas, brillantes y refulgentes.

Silesis Jogn se frotó los ojos, deslumbrado por la potencia de la luz del exterior.

El espectáculo era formidable.

Deslumbrante...

El teniente Jogn había estado en muchos planetas de la federación y en no pocos satélites —artificiales o naturales— y en algunos planetoides, pero nunca vio nada semejante a aquello.

La zona en que había tomado tierra era totalmente

desértica, pero en ella el suelo brillaba de modo fulgurante, igual que si se tratara de un espejo pulimentado y reflejase la luz de los dos soles gemelos, cuyos rayos incidían sobre él hasta convertirlo en una fuente de energía lumínica.

—¡Es maravilloso...! —comentó Elsa junto a él, pegando su terso rostro a su oído.

—Tienes razón, querida —convino Silesis, y extendió el brazo para pasarlo por la cintura de la mujer, atrayéndola a su cuerpo y besándola profunda y golosamente.

Al cabo de unos instantes, ella deshizo el abrazo y, mirando de soslayo a la joven xictonia, murmuró:

—Ella nos está viendo, Silesis. Le dirá al capitán que no soy una robot y entonces...

El teniente Jogn se echó a reír, a carcajadas.

—No te preocupes por lo que ella diga o haga. Ahora le pertenece a Leo y éste lo pasa bien..., o lo ha pasado. Teniéndola a su disposición no se preocupará por lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer. Además, Shulaiz sabe que le conviene ser discreta.

Y, volviéndose hacia la xictonia, preguntó:

—¿Verdad que serás discreta?

Shulaiz se apresuró a responder afirmativamente con un gesto de cabeza.

El teniente dejó de ocuparse de ella para volver a acariciar a Elsa, que se había sentado sobre sus rodillas y le estaba besando y mordisqueando el lóbulo.

—Y hay más aún... —dijo él.

—¿Sí?

—Sí, querida. Cuando haya cargado con lo que lo que he venido a buscar, Leo y yo seremos dos potentados. Podremos vivir en la vieja Tierra, en una de esas mansiones que se construyen exclusivamente para los prohombres. ¡Qué vida vamos a damos...!

Apenas acababa de lanzar aquella exclamación cuando

Shulaiz lanzó otra, pero la suya era de alarma.

Silesis se apresuró a mirar adonde señalaba la xictonia.

—Es una nave enemiga... —decía ella aterrada.

—No, amiguita —rio el teniente—. Precisamente ésos son los que van a hacernos ricos.

Silesis miró con atención a la nave auxiliar del *Thanatos* que estaba posándose en la brillante superficie a cosa de mil pasos de donde había tomado tierra él.

El teniente observó atentamente cómo salía de la otra nave un vehículo todo terreno, cargado con grandes recipientes metálicos, protegidos por cubiertas aislantes y con cierre hermético y murmuró:

—Cumplen su palabra... Traen el VOEH...

Silesis abrió la compuerta de la pequeña nave auxiliar y saltó a tierra, haciendo señas al hombre que conducía el todo terreno para que se acercase adonde estaba él.

Jory Lars obedeció aquellas indicaciones y avanzó hasta situarse junto a la nave auxiliar del *Pandora*. Luego saltó del vehículo y aguardó a Silesis que marchaba ya a su encuentro.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué no sale Leo a saludarme?

—Soy el teniente Silesis Jogn y he sido enviado por mi capitán para hacerme cargo del VOEH.

—Pero... ¿y Leo?

—Mi capitán se quedó a bordo de la nave.

—¿Por qué?

Jogn se encogió de hombros.

—Ignoro sus razones. Sólo sé que me ordenó venir al planetoide y eso he hecho.

El capitán Lars le miró de soslayo y creyó entender:

«Ese maldito Leo debe sentirse un puritano y no quiere saber nada conmigo. ¡El muy...! Para él debo ser un vulgar salteador. Pero eso es injusto... Por lo visto no cuenta que al aceptar este soborno se convierte en mi cómplice... ¡Bastardo

asqueroso!»

Irritado consigo mismo, pero más aún con su antiguo camarada, Jory Lars accionó el volquete para que la carga quedase amontonada en la superficie.

—Ya te encargarás tú mismo de llevarte eso. ¡Y ojalá se te derritan los sesos mientras subes el cargamento a tu nave!

Después de aquel exabrupto, que no sorprendió demasiado al teniente, Jory Lars hizo dar media vuelta a su todo terreno para regresar a la nave auxiliar del Thanatos, en donde entró barbotando maldiciones contra los camaradas que olvidan los viejos tiempos.

Silesis había quedado en pie, entre el cargamento de VOEH y la compuerta de su nave, viendo cómo el capitán Lars se alejaba y entraba con el todo terreno en su propia nave auxiliar. También él pensaba que Leo debía haber bajado al planetoide para dar un abrazo a su antiguo camarada de escuadrilla.

—Bueno, ése no es asunto de mi incumbencia —murmuró, y se volvió para pedir a las mujeres que le ayudasen a subir la carga a bordo de la pequeña nave.

Y entonces, repentinamente, se desencadenó el infierno.

* * *

Desde la cabina de mandos del *Thanatos* Rhodiz y sus otros dos compinches estuvieron espiando la salida de las dos naves auxiliares. El obeso controlador quedó perplejo al ver que la del *Pandora* no salía por la zona frontal, como esperaba. Se volvió extrañado hacia Womait y preguntó:

—¿Qué significa eso?

El bombardero hizo una mueca al responder:

—Ese tal Madwin tiene más conchas que un galápago, tal y como dijo Jory. No se ha fiado y ha alzado la barrera de protección por detrás, de forma que no podamos lanzarle

ninguna andanada.

—¡Maldito sea! —rugió el gordinflón.

Huds, que estaba en la inopia, terció para preguntar:

—¿Puedo saber qué sucede aquí?

—Luego, lo sabrás, luego… —dijo Rodhiz echándose a un lado y mirando a Womait—, ¿Lo tienes todo dispuesto para abrir una brecha en sus defensas?

—Espero que sí.

—Bien, entonces… ¡manos a la obra!

—Como tú digas.

Womait se instaló en su puesto y, tras apuntar cuidadosamente a la zona frontal del *Pandora*, accionó los dispositivos de disparo y tres andanadas partieron en aquella dirección.

—¡Ya está! —exclamó.

Rhodiz se apresuró a gritar una nueva orden.

—Ahora, ocupémonos de BJ y del capitán. Ya que hemos perdido una parte de la carga lo arreglaremos siendo menos en el reparto.

Womait sabía de sobra lo que aquello quería decir. Sin vacilación alguna hizo girar el cañón para dirigirlo contra la superficie de planetoide, apuntando a la nave auxiliar en la que acababa de entrar el todo terreno conducido por Jory Lars.

—¿Vais a matar a nuestros camaradas? —protestó Huds.

—¡Tú cierra la boca! —le gritó Rhodiz—. ¡Cuantos menos seamos a más tocaremos!

—Pero ellos…

—¡Calla si no quieres ir a hacerles compañía!

Huds miró con ojos desorbitados a la superficie del planeta y dejó escapar un gemido al ver cómo la andanada disparaba por Womait alcanzaba de lleno a la nave auxiliar, pulverizándola y liquidando a sus dos ocupantes.

Rodhiz soltó una carcajada de euforia y palmeó la espalda de Womait diciendo exultante:

—¡Buen disparo! Ahora ocupémonos de la otra nave auxiliar. Perderemos el cargamento pero no habrá testigos de nada.

Womait no se lo hizo repetir dos veces y volvió a mover el cañón para apuntar el nuevo objetivo.

Pero el bombardero no llegó a disparar.

Un grito de Rodhiz, parecido a un chillido histérico, le detuvo.

* * *

Leo Madwin no se había fiado desde el primer momento. Su experiencia, o su olfato, le habían anunciado la existencia de una trampa. Por eso no le pilló desprevenido que desde el *Thanatos* se abriese fuego contra él, contra el *Pandora*.

Riendo entre dientes, como si la situación fuese de le más divertido, el capitán Madwin lanzó su nave en oblicuo hacia delante, a la suficiente velocidad para que no le alcanzasen las andanadas disparadas por Womait.

Su risa se convirtió en carcajadas estridentes cuando sintió la sacudida experimentada por el *Pandora,* al rozar las andanadas la barrera de protección, sin que éstas pudieran penetrar ni romper sus defensas.

Pero aquellas carcajadas murieron en su garganta al ver lo que estaba ocurriendo en la superficie del planetoide.

—¡Esos lobos se muerden entre sí! ¡Se liquidan unos a otros para tocar a más en el botín!

Desde su puesto vio cómo la nave auxiliar del *Thanatos* quedaba pulverizada con sus ocupantes dentro.

—Pobre Jory… —murmuró—. Querías hacerte con una fortuna y sólo has encontrado la muerte. Te olvidaste que en el viejo lema había siempre una disyuntiva: victoria o muerte. A ti te ha tocado la segunda…

Mientras monologaba de aquel modo, Leo Madwin observó cómo el Thanatos cambiaba de posición.

—¡Malditos! —rugió—. ¡Ahora quieren liquidar a Silesis y a las mujeres! ¡Cerdos asquerosos! ¡Sucios traidores!

El espíritu de decisión que le había animado siempre, lo mismo cuando formaba parte de la escuadrilla del comandante Rimm, como después cuando corría libremente por el universo, por los mundos de la federación, renació en él cegándole e impidiendo que en su cerebro dominase el frío razonamiento.

En aquel instante Leo Madwin se dejó ganar por algo tan fuerte y poderoso como el deseo de venganza, o como el ansia de matar.

—¡Ya os daré a vosotros…, ratas de cloaca!

Sin pensarlo dos veces, al no tener armas ofensivas a bordo de su nave, Leo Madwin apuntó la proa del *Pandora* hacia la mole mecánica y bien armada del Thanatos.

Agarrando con fuerza los mandos, el capitán Madwin imprimió a su nave la máxima velocidad, liberando toda la energía motriz para obtener la aceleración total.

En escasas décimas de segundo, Leo Madwin se sintió dueño de su propio destino.

Dueño absoluto porque había decidido cuál iba a ser.

No se le escapaban las consecuencias de su acto, ya irreversible. De una parte provocaría la destrucción del cargamento de VOEH junto con la muerte de los ocupantes del crucero. De otra, salvaría las vidas de Silesis y las dos mujeres que quedarían en el planetoide a espera de ser rescatados por la flota de la FG.

«Y encima conseguirán una buena recompensa que les permitirá vivir sin problemas.»

Sí, ellos vivirían, pero él…

La proa del *Pandora* avanzaba rauda y veloz al encuentro de su objetivo, para dar de lleno en su blanco.

Leo no alcanzó a oír el grito de terror que lanzó el obeso Rodhiz cuando vio que el transporte iba a chocar con su nave.

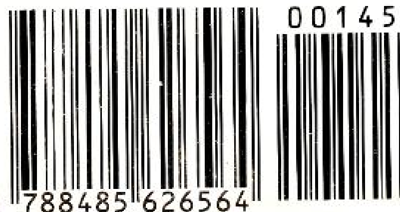
Aquel grito, como todos los demás, murieron al mismo tiempo que se producía la tremenda deflagración.

En el aire quedaron, tan sólo, las vibraciones de las últimas palabras de Leo Madwin:

-DESTINO: THANATOS.

FIN

ISBN 84-85626-56-7



EDICIONES CERES, S.A.

Apartado de Correos,
9.142 Barcelona

Precio en España
60 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain